

الله اعلم
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA
SERVEI DE BIBLIOTEQUES

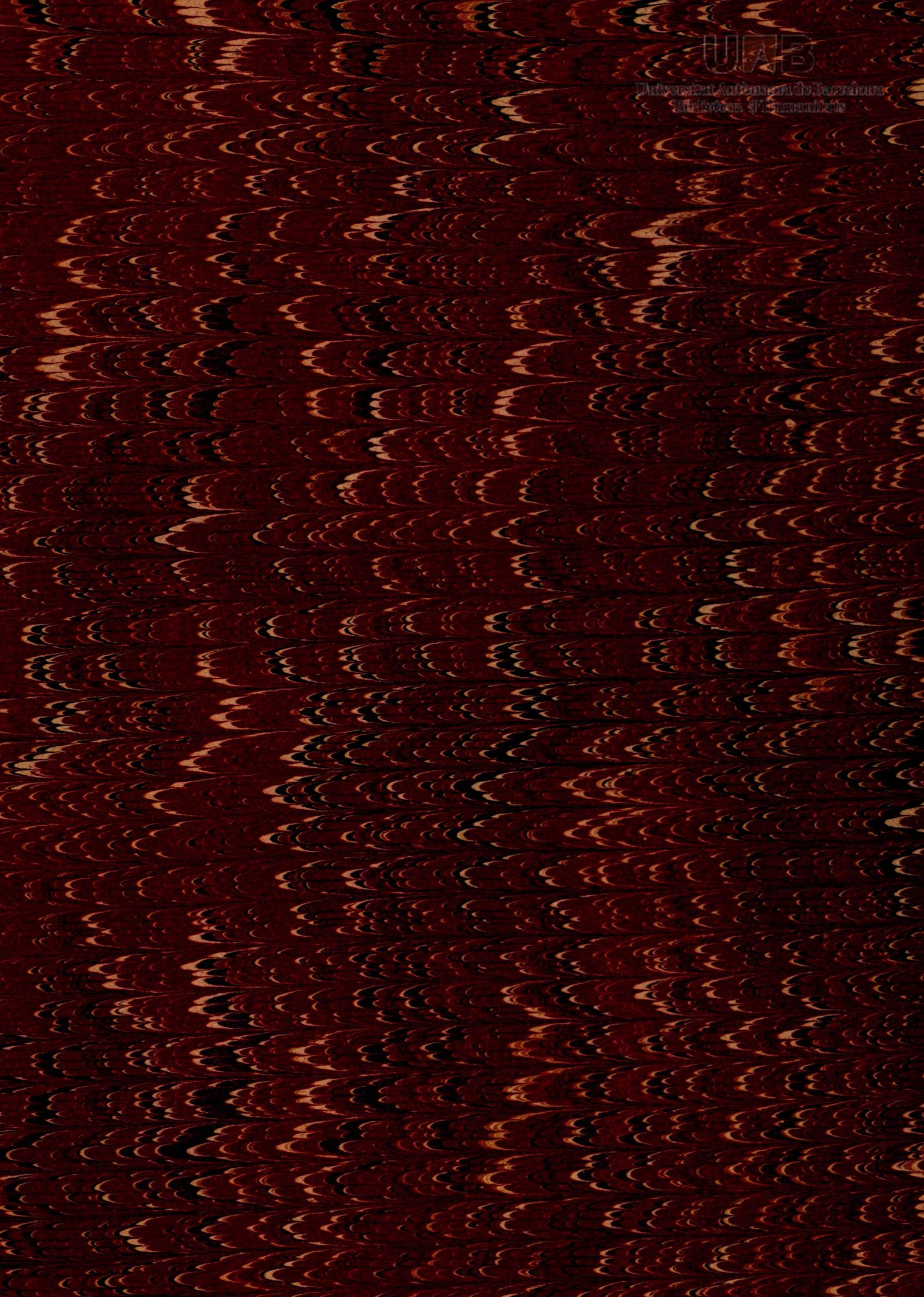
DE SYRIA

DEL
HISTORIA
ARTE
DEL TURKIE

HISTORIA DEL TURKIE

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
1500973823





HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats



HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

HISTORIA DEL TRAJE

COMPRENDE ADEMÁS ARMAS, JOYAS, MUEBLES, CERÁMICA, APEROS DE LABRANZA, ETC., ETC.

DE LOS

PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

POR

FEDERICO HOTTENROTH

Ilustrada con 240 láminas al cromo y numerosos grabados intercalados en el texto

TOMO SÉPTIMO

SEGUNDO DE LA HISTORIA DEL TRAJE

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1893

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



SEGUNDA PARTE

PUEBLOS GERMANOS

ESCANDÍNAVOS, ANGLOSAJONES, NORMANDOS É INGLESES

A Escandinavia no empezó á figurar en la historia hasta á fines del siglo VIII; antes casi pertenecía á la leyenda. Supónese que sus habitantes primitivos fueron *tshudes* que habitaban principalmente en las costas y se mantenían de la caza en los bosques y de la pesca en los ríos y en las orillas del mar. En las comarcas donde estaban sus viviendas más antiguas aun se encuentran hoy día infinidad de utensilios toscos de pedernal y hueso, y pedazos de vasijas de barro, con restos de comida. Por los utensilios citados se denomina aquel período salvaje, la *edad de piedra*. Se preservaban del frío con pieles, y es posible que ya entonces el traje de las tribus del Norte fuera, en lo esencial, el mismo que se usa todavía en aquellas costas inhospitalarias y consistiera, para ambos sexos, en ropón y pantalones, botas y guantes, y un gorro que cubre toda la cabeza, menos la cara. El clima exigía ropa que cubriese todo el cuerpo y que, con los útiles de entonces, podía hacerse. Para las tribus meridionales que habitan la Jutlandia bastaría acaso un mantón grande de piel, así como un ropón de lo mismo (compárese 1. 17) ó como el que hacían los germanos, en tiempo de Tácito, juntando dos mantas cuadradas y cosiéndolas por los hombros y costados hasta la abertura de la manga. Como adorno acostumbraban

á emplear collares de ámbar ó de dientes de animales. Servían de viviendas las cuevas en los montes, sobre todo las que daban al sol, los agujeros en la tierra en forma de caldera, las ramas de árboles colocadas como nidos, y también más adelante chozas edificadas sobre postes dentro del agua. Para defensa contra los ataques enemigos había una especie de barrancos en las llanuras pantanosas. Para los muertos construían grandes aposentos de piedra á los que conducía un pasillo largo y bajo que se llenaba de arena ó de tierra; construcciones de esta especie sirvieron tal vez de albergue para los vivos. También se encuentran cadáveres de la edad de piedra, sentados ó echados, en sepulcros de roca, que se llenaban de arena y escombros.

Los escandinavos de la edad de piedra parecen haber alcanzado mayor grado de cultura por el roce con las tribus emigrantes germánicas, que fueron esparciéndose por aquellas apartadas regiones y que además de los utensilios de piedra y hueso llevaban consigo algunos de metal, armas é instrumentos de bronce y joyas, de bronce también y de oro. Por el bronce, y para mayor claridad, se denomina aquel período la *edad de bronce*. Según se infiere, esta transformación y adelanto ocurrieron mil años antes de Jesucristo. Como traje se usaba entonces, además de pieles, piel curtida y tejidos de lino y lana, una mezcla de pelo de animal y fibras de plantas. Los tejidos de lana se hacían sin duda alguna en el país mismo con lana de allí, porque los habitantes del Norte ya tenían ovejas antes de la edad de bronce. Existían telas más toscas, de género peludo ó de fieltro, que se llamaban *lod* ó *floki*, otras menos ordinarias denominadas *wadmál* y otras rayadas de color de café, conocidas por *morendo*. El traje de entonces debía de ser como el de los marineros actuales de Islandia, pues la manera de vestir de éstos difiere muy poco de los que desde tiempos remotos se hacían con pieles de cordero y de foca, y se componía de pantalón largo con una correa en la cintura, zapatos de cuero y una especie de chaqueta. Los escandinavos labraban el campo, empleaban el caballo para tiro y para montar, y en grandes barcos, todavía sin velas, emprendían viajes á apartadas regiones. La antigua costumbre de enterrar los muertos en sepulcros de piedra fué poco á poco perdiéndose, y en su lugar quemaban los cadáveres, guardando las cenizas en cajitas, ó en urnas de barro, que á veces juntaban en gran cantidad y cubrían de tierra.

El hierro se conoció en Escandinavia en todo tiempo y como en todas partes; pero hasta después de la edad de bronce no se generalizó su empleo para herramientas y armas. El final de la edad escandinava de bronce corresponde próximamente al principio del calendario cristiano. Según se ha convenido, se denomina á esta época la *edad de hierro*, que duró hasta los siglos XI y XII en las costas del mar Báltico. En lugar de tejidos toscos se fabricaban en el país preciosos trajes de lana. Del otro lado del mar los vikingos trajeron luego telas más finas de lana, también de algodón y de seda. A principios de esta época los hombres usaban ropas oscuras, de color pardo ó negro, con adorno blanco y verde; las mujeres y los niños las llevaban claras y vistosas, sobre todo azules y encarnadas. En un terreno arenoso cerca de Thorsberg, en Jutlandia, se han hallado, además de numerosos objetos de bronce y hierro, zapatos de cuero, un ropón en forma de camisa con mangas largas y pantalones con una correa para la cintura; ambas prendas de tela muy fuerte (1. 3), pero de diferente tejido. En terreno jutlandés, en el Wamdrup, se ha hallado también, al hacer excavaciones, un ataúd hecho del tronco de un árbol, con el cadáver de un hombre vestido con un delantal de lana tosca que le cubría desde la mitad del pecho hasta las rodillas (1. 4), sujeto á la espalda por unas cintas y ceñido á la cintura por una correa; llevaba además una especie de capa semicircular de un tejido parecido á la felpa. Había igualmente en el ataúd unas tiras de lana que servirían para envolver las piernas y otras más estrechas para sujetar aquéllas; por último, zapatos de cuero y dos gorras, una semiredonda y la otra más cilíndrica. Cerca de Aarhus se halló el cadáver de una mujer que tenía puesta una falda larga plegada, con un cinturón, largo también, que rodeaba varias veces la cintura (1. 4), una chaqueta que llegaba hasta las caderas, con una abertura en el pecho y mangas medio cortas; doble redecilla, aros en el cuello, brazo y dedos, y planchitas

redondas que, según parece, servían para adornar el pecho (1. 6. 10 á 12. 11). Según los datos que ofrecen las joyas y las armas, estos cadáveres pertenecen á la edad de hierro. De este traje tan sencillo proceden los de épocas posteriores de que hablan las leyendas y las canciones del Norte; como estas canciones se escribieron del siglo XI al XIII, los trajes que en ellas se describen se atribuyen á aquella época. Son rarísimos los restos plásticos de este período y no pueden apenas servir de base por su mal estado á los datos que existen por escrito.

En aquel tiempo el traje de los hombres se componía de varias prendas interiores y exteriores, ó sea de camisa, pantalones, varios ropones y una especie de funda. La camisa (*skyrta, serkr*) era de hilo ó lino, llegaba próximamente hasta las rodillas, era ajustada, tenía una abertura bastante estrecha para meter la cabeza, y mangas largas. Como en el interior de las casas no se estilaba llevar otra prenda, los ricos usaban camisas de seda muy adornadas por el borde. En cuanto á pantalones, había varias clases; largos que llegaban á los tobillos (*hoekulbroker*); cortos, que, por bajo de las rodillas, se ajustaban con medias (*broker*), y unos que como medias largas cubrían al mismo tiempo los pies (*leistabroker*); eran de lienzo ó paño, de bayeta parecida al fieltro ó de cuero de vaca ó de cabra y se sujetaban en la cintura con una correa de tela ó de piel. Acostumbraban envolver las piernas con cintas de seda de colores (*silkibond*) ó con una especie de medias largas (*hosa*) y con calcetines (*sekr, leistr*); las medias se llevaban sólo con los pantalones cortos y éstos no se los quitaban ni de noche. Los zapatos eran de piel ó cuero y provistos de correas. Los neerlandeses pobres usan zapatos todavía de pedazos de cuero acoplados á la forma del pie, con unos agujeros en el borde por los que pasan unas correas para sujetarlos. El ropón (*kyrtil*), casi igual á la camisa, era bastante estrecho, llegaba poco más abajo de las caderas y se ajustaba á la cintura por un cinturón (*belti, lindi*), que, según la estación, era de lana ó de piel. Desde el siglo XII el ropón fué gradualmente alargándose, aumentando hasta llegar á tener cola (*dragkirtlana*). El cinturón de los pobres solía ser de lana y el de los ricos de metal en forma de cadena ancha de eslabones de varias hileras, adornada con dientes de animales, conchitas, planchas de metal y hasta piedras preciosas; acostumbrábase también á colgar del cinturón, cuchillo y sable. Como derivaciones del ropón usaban un sayo (*hiupr*) que llegaba poco más abajo de las caderas, y un ropón algo más largo (1. 37) que por delante iba cruzado y abrochado en el hombro; este ropón servía también como traje de gala, y en este caso tenía cenefas en las bocamangas, y era de paño de dos colores. Además tenían sobretodo ó sobre-ropón con capucha (*kufthottr, kapa, kufi, kiafal, hekla*), que parecía sayal de monje, y que á menudo tenía una careta para cubrir el rostro; el largo de estos ropones variaba, y unas veces tenían mangas largas y otras sólo aberturas para pasar los brazos; la última de estas dos clases, llamada *olpa*, servía al mismo tiempo de armadura, y se hacía de bayeta fuerte, pero principalmente de piel de lobo ó de oso (compárese 4. 6). El ropón de armadura llamado *bialfi* no tenía capucha, pero sí un cuello que rodeaba y protegía el pescuezo. Había también esclavinas y capas de varias clases; por lo general se llamaban *felder* ó *faldones*. Como *felder* más antiguo se considera el manto de piel que se echaba sencillamente por los hombros. De este manto procede el capote, del que se servían los marinos en tiempo lluvioso y que se metía por la cabeza; en los costados y de los hombros por abajo, estaba abierto y tenía botones, de modo que si se quería se podía abrochar. Una derivación de este *felder* servía para gala, y en este caso era de lana suave ó seda con ribete. Usaban además una capa sujeta al hombro con una hebilla ó una variante de la misma de seda ó escarlata, adornada con bordados y forrada de pieles, que servía como prenda de gala. Los escandinavos se cubrían la cabeza con sombrero de fieltro, cuero ó piel, bajo y de alas anchas sujeto á la barbilla por una correa, y calzaban guantes sin dediles. Llevaban el pelo liso y largo, caído sobre los hombros, y la barba poblada redonda ó á modo de chivo, según crecía. En el siglo XI entró el entusiasmo por el lujo á causa del trato con el extranjero; entonces los hombres llevaron cola en sus ropones, que iban atados por un lado y tenían mangas de cinco varas que por medio de cordones se recogían desde

la muñeca hasta el hombro; llevaron también ricas calzas atadas con cordones y ceñidas por medio de un aro de oro, y zapatos altos. Al finalizar los siglos XI y XII se volvieron á usar ropones cortos y mantelotas, dejando las piernas al aire. El traje de la gente vulgar permaneció durante estos cambios siempre el mismo; desde tiempos remotos consistía en sombrero ancho con las alas caídas, ropón con capucha, verde ó gris, y pantalones de lienzo que se ataban fuertemente á las piernas; acostumbraban también á usar medias y zapatos.

Al principio y durante largo espacio de tiempo el traje de la mujer apenas se diferenciaba del del hombre, y se denominaba lo mismo; cuando empezó á haber diferencia fué cuando se adoptaron prendas extranjeras. La camisa era ajustada, y, desde la abertura de la cabeza hasta el pecho, escotada; llegaba hasta los pies y á veces arrastraba por el suelo; se llevaba como traje de casa y se prefería que fuese de color, generalmente azul. Los ricos la llevaban de seda con bordados de oro en las orillas; se estilaba cubrir la abertura del pecho con un paño. El ropón se ceñía al talle y desde las caderas iba ensanchándose hasta los pies; tenía mangas largas y á veces bastante cortas, y cinturón del que colgaban tijeras, cuchillo y un saquito; las mujeres casadas se colgaban además una llave. Como abrigo y como adorno llevaban las mujeres capas y sobretodos con y sin capucha, parecidos á los de los hombres. Con los zapatos y los guantes sucedía lo mismo. Las muchachas se dejaban el pelo colgando, pero las mujeres se hacían trenzas, las ordenaban á lo largo de la espalda ó las ataban en lo alto y cubrían sencillamente la cabeza con una funda de lienzo. Las grandes damas envolvían la cabeza, á modo de turbante, con una tira de tela, hasta de veinte varas, de color y bordada en oro; los gorros de espiral que resultaban de este tocado eran cónicos, rectos ó curvos como un cuerno y de altura distinta.

Los escandinavos eran muy aficionados á las joyas. En las costas de Levante la civilización de las edades de bronce y de hierro ha dejado piezas de joyería que superan tal vez en riqueza y hermosura á cuanto otros países de nuestro continente hicieron durante el mismo período. El haberse hallado moldes de fundición, pedazos de bronce, objetos de este metal medio concluidos ó dispuestos para fundir y objetos que faltan en otros países, claramente demuestra que estos objetos se fabricaron en el mismo país en la edad de bronce. En las joyas antiguas se nota la influencia de la civilización romana; y más adelante, cuando decayó el poder romano, desapareció también su influencia y el espíritu germánico se abrió camino, mediante estilo especial que se distinguía por figuras fantásticas de animales y follajes entrelazados. Esta fué la época de los wikingos. En presencia de estos restos artísticos nos vemos obligados á apartarnos de la opinión general que supone fué aquélla una época de barbarie. Los escandinavos iban entonces ricamente adornados con cadenas, aros para el cuello y la cabeza, anillos para los brazos y los dedos, pendientes, alfileres, cinturones y hebillas (2. 1 á 50. 60 á 70. 83 á 86). También sus armas eran mejores que las de sus vecinos. Las defensivas del guerrero escandinavo durante la edad de bronce y principios de la de hierro, no parecen haber sido más que el escudo redondo ó cuadrangular (3. 1. 2), la coraza y el casco. Sólo los jefes, á lo que se infiere, llevaban casco; en los museos del Norte no existe más que una armadura completa de esta especie. Algunas planchas de bronce (1. 15 á 18) que sirvieron de adorno de cinturón y están decoradas con figuras guerreras, pertenecen á la verdadera época de los wikingos, á juzgar por los sables representados en la lámina. El casco que hay en la misma es importante (1. 3); lleva un puerco-espín en la cimera, una pieza para resguardar la nuca y celada. Hasta ahora no se ha hallado más que un casco de puerco-espín y éste en terreno anglosajón (5. 11), y también sólo un casco con celada desenterrado del pantano de Thorsberg (1. 2. 23). Una de las figuras de las mencionadas planchas de cinturones (1. 16) lleva un casco con dos cuernos, cuyas puntas se encuentran y parecen cuellos de aves; este casco recuerda otro también con cuernos, hallado en el Támesis y cuyo origen se atribuía á los daneses (3. 27). Como coraza usaban fuerte ropón de bayeta cubierto de anillos de metal y de hojas de lo mismo. Hasta el siglo XII no empezaron á llevarse sayos con capucha, guantes y calzones, con anillos de metal metidos

unos dentro de otros. Las armas ofensivas han variado poco en las numerosas ramas de la gran familia de los pueblos germánicos. En todas partes encontramos el *sax* ó *skramasax* (2. 53), especie de sable corto de un solo filo; la *spatha* (2. 51 á 56) ó espada larga y recta de dos filos y el hacha (3. 6. 7), la lanza, la maza y el arco con sus flechas (2. 73 á 80). En cuanto á los jarrones de metal escandinavos (2. 81. 3. 13 á 16), hemos de repetir lo que dijimos de las joyas y de las armas; primeramente fueron de gusto romano y luego *wikingas* hasta muy avanzada la Edad media. También en los muebles, de los que no han quedado más que algunas muestras de época cristiana bastante avanzada (3. 21. 22), hallamos la parte decorativa á estilo wikingo.

Para poder calcular el grado de civilización del período de los wikingos, nos suministran buenos datos los restos de una barca (1. 62) hallada cerca de los baños de mar noruegos de Sandefjord, en un sepulcro de hunos que pertenece al siglo IX. La barca es de roble, mide 23 metros de largo por 5 de ancho, tiene el fondo llano, proa y popa son puntiagudas, carece de cubierta y está dispuesta para remo y para vela. Tiene 20 costillas sujetas arriba por hierros, y abajo por maromas á las planchas de los costados; por 16 agujeros que había en ellos (1. 51) pasaban otros tantos remos, y cada agujero tenía un corte por el que entraba el remo y se cerraba después con un pasador (1. 48), evitando de este modo que penetrase el agua. Los remos tienen seis metros; la pala es corta pero bastante ancha y de la forma de una lanceta. El timón, cuya pala es recta, estaba detrás á la derecha en un montón de cuerdas. En el fondo de la barca había una pieza de madera de la forma, poco más ó menos, de un pez, que servía para enchufar el mástil. Del tapiz de Bayeux (5. 33), que representa una barca de los wikingos, se deduce que la vela debió de ser cuadrada; véase allí mismo que la barca tenía como unas volutas que sobresalían mucho del agua y que estaban talladas figurando cabezas de dragones y serpientes. En la citada barca de los wikingos se encontró una de estas cabezas de dragón, vigorosamente esculpida, al mismo tiempo que restos de embarcaciones más pequeñas (1. 49). Por este adorno de dragones se llamaba á estos botes *drakar* ó *snakar* (dragones ó serpientes). Como demuestra el referido tapiz de Bayeux, se acostumbraba en los viajes poner los escudos de la tripulación á lo largo de las bandas del barco (7. 11); ordenados así no estorbaban, estaban á mano, y servían para levantar el borde y evitar que el agua salpicase adentro. (Sobre la barca encontrada cerca de Nydam, véase el capítulo de los anglosajones.) Al llegar la época cristiana la cremación de los cadáveres tuvo que ceder el puesto á los entierros en ataúdes. Entre los hallados en las excavaciones hay algunos que son troncos de roble sin descortezar, con los extremos cortados y abiertos y vaciados á lo largo en dos mitades. En la mitad inferior se extendía la piel de un animal recién matado y sobre la misma el cadáver completamente vestido y armado, al que se envolvía con la citada piel. Después se colocaba encima la tapa, ó sea la otra mitad del tronco, y se llenaban con pez las rendijas. Por último se cubría el ataúd de tierra.

Las tribus que habitaban la parte meridional de Jutlandia, los Schleswig y Holstein actuales, eran anglos y sajones; pertenecían, según los datos concordantes de Tácito y Tolomeo, á la agrupación de los suevos, y emigraron en el siglo V á Britania. De la mezcla de estos germanos y anglosajones, los celtas y los conquistadores normandos, salió el pueblo inglés, en el que domina aún, sin duda alguna, el espíritu germánico del Norte. Examinemos en primer lugar las tribus celtas que habitaban en suelo británico antes de la llegada de los anglosajones. Las hordas del Norte, los caledonios, vivían todavía en la barbarie; llevaban por todo traje pieles de animales sin curtir, que se echaban sobre el cuerpo como una capa. Las pieles de buey con manchas, de oso y de oveja, según fuesen cazadores ó pastores los que las usaban, eran las preferidas. Los caledonios llevaban el pelo largo, se rapaban la barba, dejándose perilla, y se pintaban en la piel figuras de varias formas con puntitos que luego teñían de azul (4. 1), al modo de los isleños del mar del Sur. Sus adornos eran de hierro; alrededor del cuello llevaban aros, y cadenas en torno de las caderas. Sus armas principales eran maza cuadrangular con correas y espada

con una bola en el pomo, llena de pedazos de hierro, que servían para espantar con el ruido á los caballos de los enemigos. En cambio, las tribus sud-británicas, los bretones, iban como sus vecinos los galos, completa y hasta ricamente vestidos. Las telas de cuadros eran las favoritas. Se estilaban calzones estrechos (*breach* y *brycan*, entre los ingleses *breacan*), encarnados ó de cuadros, túnicas rameadas de toda clase de colores, y capas azules ó negras (*saie*). Tan sólo los habitantes de Cornualles y de las islas Scilly usaban traje largo, negro, y como iban con una vara en la mano, parecían furias de tragedia. Los bretones se echaban el pelo hacia atrás y les caía por la espalda como un plumaje; se afeitaban la barba y se dejaban enormes bigotes que les llegaban al pecho. En los tobillos y en las muñecas llevaban aros y anillo en el dedo del corazón; su mayor adorno y el distintivo de su categoría era un aro para el cuello (*torch*) hecho de hilos de metal precioso entrelazados y otro de hierro para los brazos. Sobre el traje femenino de los bretones hay pocos datos. Boadicea, la reina de Icení, llevaba, según Dion Casio, una túnica de varios colores y muchos pliegues, y encima una capa de tela áspera, sujeta por una hebilla; en el cuello un aro de oro, y el pelo laso y suelto, cayendo sobre la espalda. En una moneda romana se puede ver una *Britania* de traje largo con mangas cortas. Con la dominación romana se introdujo también el traje romano entre los bretones, especialmente entre los jefes, hasta el punto de que antes de terminar el siglo primero, el antiguo traje bretón significaba falta de civilización y era despreciado. En lugar del pantalón largo usaban los personajes el corto á la romana que llegaba á las rodillas, así como las túnicas y los mantos, romanos también. El traje femenino era ya de por sí parecido al romano, y por este motivo varió muy poco ó nada; en la columna de Trajano y en monedas de la época véanse mujeres celtas con dos túnicas, una encima de otra: la de abajo llega á los tobillos y la de arriba hasta la mitad del muslo; las mangas son anchas, pero cortas. Los dos sexos se peinaban también á estilo romano. Las armas más antiguas de los británicos eran de hueso y pedernal. Los comerciantes fenicios y galos introdujeron espadas y flechas de bronce. El escudo, al principio plano, redondo y de un trenzado de varas cubiertas de cuero, fué más adelante de hierro ó forrado de hierro. Tenía una hendidura dentro para la mano y fuera un adorno de círculos concéntricos con salientes y clavos (3. 25). El *ombbligo* del escudo se conservó también cuando más adelante se llevaba al brazo (4. 2. 4). Un escudo hallado en el río Nithau es igual al *scutum* rectangular de los romanos (3. 26); está adornado en la parte saliente con puntas de cornalina, cuando no con una mezcla de labores romanas y bárbaras de bronce dorado.

Las tribus de las montañas escocesas, piktos y skotos, se envolvían el cuerpo hasta las rodillas con una tela de cuadros (*kilt*) (4. 2). Algunas veces la plegaban á lo largo por la mitad, la rodeaban al cuerpo, y el trozo que quedaba lo echaban sobre el hombro izquierdo; así se llevaba aún esta prenda en la época de la reina Isabel (4. 4); se llamaba «camisa irlandesa» y era de color de azafrán. En los pies se ponían abarcas de cuero atadas. Los habitantes de la parte baja del país adoptaron los trajes daneses y sajones, pero los de la parte alta, ó sea los escoceses salvajes, no, por odio á los *sassenaghs* ó sajones. Durante más de mil años, ni cronistas, ni viajeros hacen mención alguna del traje escocés; sólo por noticias dispersas llegamos á conocer algo de su modo de vestir. No hay duda que se usaban capa, jubón y calzones. Los pobres gastaban tejidos negros y blancos, y los ricos de color, cuyo número indicaba la categoría del que los llevaba. Al rey correspondían siete, á la nobleza superior cinco, á la inferior cuatro, á los jefes primeros tres, los segundos dos, y los labradores y soldados habían de conformarse con un solo color. El azul era ya entonces el favorito de los escoceses, pero también les gustaba el verde y el negro con rayas encarnadas. El *plaid* de la parte alta del país, llamado *breacanfeile*, ó sea «cubierta de cuadros de colores,» era una capa muy ceñida al cuerpo; antiguamente se llevaba de colores, y á fines de la Edad media se prefería de uno solo y pardo. Los calzones, una de las prendas principales de los celtas, tuvieron aceptación entre los escoceses, aunque no se generalizaron; eran de punto, ceñidos como las medias, ó de lana á cuadros (*tartán*). En lugar de calzones llevaban también

medias á cuadros que dejaban libres las rodillas, ó polainas (4. 2). Se infiere que tomaron estas prendas de los sajones ó daneses. Los zapatos eran de cuero sin curtir y con pelo. Es en Escocia antiquísima costumbre llevar en el cinturón un bolsillo (*sporan*) en forma de bolsa india, al lado derecho (4. 3). El antiguo delantal, el *kilt*, se transformó, en época que no se puede determinar, en una falda corta enteramente igual á la de las mujeres de hoy. El sayo (*feile-beag*) se recogía hasta los sobacos y se sujetaba con un cinturón (4. 3). En tiempo de la reina Isabel el jubón tenía en las aberturas de los brazos como grandes alas, que por la parte de atrás caían sobre las mangas anchísimas de una camisa blanca (4. 4). El origen de las gorras aplastadas que aun se llevan, es desconocido.

Pocos son los datos que existen sobre la manera de vestir de las mujeres de la antigua Escocia. Sábese que usaban delantal, como los hombres, ó sayo largo, ajustado con un cinturón y capa sujeta al pecho por una hebilla. Sólo las que no conservaban las antiguas costumbres adoptaron las faldas y los calzones (*ossan*). Las jovencitas sujetaban el pelo, que llevaban suelto ó colgando de las sienes en largos rizos, por medio de una cinta que rodeaba la frente; las matronas se ponían encima un velo (*cureh*) que ataban por debajo de la barbilla. Por los tiempos de la invasión romana, los escoceses de la montaña se pintaban todo el cuerpo. Sus armas eran las mismas que las de los caledonios y bretones. Más adelante los jefes de las tribus de las llanuras adoptaron la lorica de anillos de los sajones, y la coraza y el casco de los normandos. En el siguiente siglo la caballería escocesa, como la inglesa, se cubrió con malla de hierro. Las armas de los escoceses de la montaña se reducían, en el siglo XIII, á escudo redondo, espada, puñal, hacha y arco con sus flechas. Sólo los jefes usaban casco (4. 4. 7), ó en su defecto gorra de cuero pintada de azul. Cuanto se ponían en la cabeza adoptaba, poco más ó menos, la forma semi-oval; el adorno consistía en un par de plumas de águila, en una rama de palmera ó en un puñado de follaje. Los jefes se ponían por encima del delantal un camisote de mallas (*lurich*, de *lorica*) que llegaba poco más abajo de las caderas (4. 6) ó hasta los tobillos (4. 7), y sobre él un jubón de pieles con cinturón y cordones (4. 6). La antigua espada escocesa, la célebre *claymore*, era de hoja larga y recta, de dos filos, puño largo y travesaño para parar los golpes, sencillo, bastante inclinado por ambos lados (4. 2. 3. 7).

Los antiguos irlandeses eran de costumbres distintas y vestían diferentemente que sus hermanos británicos. Conservaron su traje primitivo durante todo el tiempo de la dominación de los romanos, los anglosajones y los normandos. En el siglo XII, según vemos en documentos gráficos, vestían todavía como en la época romana. Los hombres llevaban pantalones largos (*truis*, 3. 52 á 54) con un cordón alrededor de la cintura, bastante anchos de arriba, pero ajustados en los tobillos y metidos dentro de altas botas; también había pantalones y medias de una sola pieza. Llevaban sayo (*cota*, 3. 48. 54) de mangas largas y estrechas ó cortas y bastante anchas, cerrado todo alrededor, sin cinturón y de diferente longitud, pues unas veces llegaba á los tobillos, otras á las rodillas ó sólo á las caderas; el borde inferior solía ser de picos (3. 52). También usaban capa, sujeta al pecho ó á la espalda, y una esclavina con capucha que caía sobre los hombros y llegaba á los codos. Sin embargo, un rey irlandés se consideraba bien vestido con llevar tan sólo la capa, y en el siglo XIV había jefes que no usaban aún calzas. Las capas se componían de retales de colores distintos (3. 48) imitando tejido de cuadros, que se estilaban seguramente ya antes del período romano; pero en ningún documento de la Edad media se encuentra la capa de colores ó con capucha. Por lo general las ropas eran negras, porque las ovejas irlandesas, con cuya lana se fabricaban, suelen ser de este color. La cabeza la llevaban generalmente descubierta. El traje de las mujeres era parecido al de los hombres, excepto los calzones, y sólo se diferenciaba en lo largo y en lo ancho. Las mujeres de alta categoría llevaban un velo sujeto al pelo por una aguja de oro. En Irlanda se han hallado joyas y armas (3. 25 á 41) que corresponden con las descubiertas en Inglaterra; los antiguos irlandeses llevaban aros en el cuello, cadenas y pulseras de oro y plata, sables y hachas, espadas y lanzas de bronce. Tomaron de los daneses el hacha de hierro y el escudo redondo, encarnado y cha-

peado de aquel metal (3. 53. 54. 4. 2). En el siglo XII el guerrero irlandés usaba lanza corta, dos venablos y una hacha de acero de ancha hoja que blandía con una sola mano. Los irlandeses eran muy diestros, y por ello muy temidos, en arrojar los venablos y en tirar las piedras como si fueran granizo, hasta el punto de detener á veces las flechas enemigas. En el siglo XIII montaban aún á caballo sin silla ni estribos.

Según las descripciones de Widukindo y los anales de Quedlinburgo, los sajones del continente vestían en los siglos IX y X ancha túnica, capa cuadrada de tela peluda y sombrero de paja de alas anchas. El pelo se estilaba largo y caído sobre los hombros; en la mano derecha llevaban la antigua lanza larga, en la izquierda un pequeño escudo, y en la cintura el cuchillo largo de un solo filo. De la sencillez de este traje puede deducirse que los anglosajones habían pisado ya entonces el suelo británico. Se conoce que con tenacidad germánica mantuvieron largo tiempo el modo de vestir de sus antepasados, á pesar del traje romano, que entre los británicos dominaba, y á pesar del cristianismo, al que se convirtieron más adelante. En un Concilio del siglo VIII se dice: *Os vestís como los paganos, que por vuestros padres fueron expulsados del mundo; es extraño que imitéis á aquellos cuya vida os era odiosa*. A juzgar por los documentos ilustrados, durante cuatro siglos no debió de haber variación alguna en el traje de los señores de Britania. Hasta el siglo IX este traje se compuso, para los hombres, de camisa, túnica, capa, zapatos y ceñidor para los muslos; más adelante los romanos introdujeron los calzones hasta la rodilla y las medias. La camisa era de lienzo con una abertura en el cuello. La túnica y el sayo tenían el mismo corte (*roc, rooc*); pero éste era bastante más largo y más ancho que la camisa, llegaba á media pierna, y las mangas eran anchas por arriba y ajustadas por abajo, y largas hasta cubrir las manos. Para disminuir sus dimensiones recogían el sayo de forma que cayese por encima del cinturón formando un bullón grande. Las mangas estaban fruncidas en el antebrazo y en las muñecas, sujetas por una hebilla ó un botón (4. 8 á 15). Todas las pinturas de la época, sin excepción, y hasta las más toscas y bárbaras, dan á conocer estas mangas fruncidas (5. 36. 44). También parece que les gustaba ponerse dos cinturones separados uno del otro (4. 9. 11. 23), de modo que el espacio que quedaba entre los dos hubiera parecido una faja á no verse el mismo color del sayo. Este muchas veces era abierto por abajo en los costados (4. 8. 23) é iba adornado en las orillas con tiras de color. Por encima del sayo solían echarse la capa (*mentil*), bastante corta, abrochada, según se quería, en un hombro, en los dos ó en el pecho (4. 12. 13. 19 á 21). En antiguos tiempos llevaban los anglosajones las piernas completamente desnudas (4. 10. 11) ó envueltas con cintas, y en tiempos muy posteriores todavía iban de este modo algunos artesanos, pero sin calzado casi nunca (4. 9). Siguiendo el uso romano adoptaron los calzones (*brech*, 4. 23) y las medias (*hose*, 4. 14) que llegaban hasta los mismos; las calzas de cuero, de que se hace mención algunas veces, deben de haber sido botas y medias, todo en una pieza. Por encima de las medias se ponían también tiras de lana, cruzadas ó en forma de espiral (4. 8. 12. 20). El calzado era abierto y se cerraba con correas ó con un botón. En las festividades los altos empleados llevaban trajes muy holgados, ropones hasta los tobillos y capas anchas (4. 19. 21). A pesar de lo nebuloso del cielo que se extiende sobre la Gran Bretaña, á los anglosajones les gustaban los colores brillantes; en las ilustraciones de todos los códices se halla el encarnado, el azul y el verde. En el siglo VII las mujeres inglesas eran ya tan célebres en el arte de bordar, que en el continente á todo trabajo precioso de esta índole se le llamaba *anglicum opus*. A pesar de las severas reprensiones de los sacerdotes y á pesar de las leyes, las anglosajonas, aun después de la invasión normanda, se ejercitaban en el arte de pintarse. Al pelo le sacaban raya por encima de la frente y lo echaban sobre los hombros, y la barba la dividían en forma de tenedor. Los hombres llevaban alhajas en proporción: brazaletes de metal precioso y de marfil, cinturones de oro con pedrería, collares de ámbar, broches, sortijas y hebillas (5. 26, amuleto del rey Alfredo).

También los trajes de las mujeres eran anchos; en los escritos de la época se distinguen con los nombres *cyrtle*, *tunica* y *gunna*. *Cyrtle*, á lo que se supone, era una prenda interior ó camisa, pues siem-

pre se dice que era de tela blanca. La *tunica* llegaba á los tobillos (4. 18) y sus mangas eran tan largas como las de los sayos de los hombres, haciendo, sin duda, en el invierno el oficio de guantes. En cuanto á la prenda denominada *gunna*, las opiniones son distintas. Según los escritos debe de haber sido una especie de túnica corta con mangas medio cortas; pero en las estampas no se encuentra ninguna túnica corta como sobretodo, y sí una prenda larga con cola y mangas anchas que había que recogerla en el cinturón para poder andar con ella (4. 18. 22). Como prenda de abrigo para casa y para salir usaban las mujeres larga *penula* y un paño de lienzo ó seda, con el que cubrían la cabeza y rodeaban, si les acomodaba, el cuello. Las medias eran indudablemente prendas principales del traje femenino, y, sin embargo, en las miniaturas llevan las mujeres la túnica y la *gunna*, y lo que se ve de calzado está pintado de negro. Como tocado acostumbraban á llevar largos tirabuzones ó á rizarse el pelo, y á veces sujetaban el velo á la cabeza con una cinta de oro. En los escritos de la época se mencionan constantemente pulseras, collares y pendientes. Los guantes deben de haberse empezado á llevar á fines de los siglos XI y XII; hasta entonces los reemplazarían, sin duda, las mangas largas. En una miniatura de aquella época se ve una mujer que en la mano izquierda lleva una especie de guante de *boxear* con el pulgar colocado de un modo original. El guante está pintado de azul.

Anuerin, bardo celta que se batió contra los invasores anglosajones, da la siguiente noticia acerca de la batalla de Cattrath: «Había trescientos guerreros con armaduras doradas y tres caballos acorazados con tres jefes que llevaban aros de oro en el cuello. Estaban (los guerreros) armados de puñales con vainas blancas y llevaban cascos de cuatro caras. Algunos tenían espadas y escudos, éstos de madera. Su jefe llevaba escudo abombado; como armadura, coraza de escamas; empuñaba una pica y cubriale la piel de un animal salvaje (compárese 1. 16). Su pelo largo colgaba por los hombros; cuando iba desarmado ceñía una corona de bolas de ámbar y en el cuello lucía un aro de oro.» En los documentos anglosajones y francos del siglo X encontramos á menudo cascos cuadrados y coronas iguales á la descrita (4. 20). La forma de casco referida, que tan fea parece y tan poco á propósito para el objeto, tiene su razón de ser, y es que con sus ángulos protegía mucho la cabeza contra los golpes del contrario; no, como pudo suponerse, que esta forma de casco fuese resultado de la poca habilidad de los monjes que los pintaban. También se usaban gorras redondas ó casquetes á modo de cascos de campana (4. 8). Lo que más se usaba entre los anglosajones era una gorra con la visera echada hacia delante (4. 11. 12) que, según se supone, era de cuero, guarnecida de metal, así como un casco de forma casi cónica (4. 14), que precedió al llamado casco normando. El casco, también en uso, que en lugar de visera tenía como un peine de picos (4. 15. 23), debe considerarse como remedo del antiguo casco germano con el puerco-espín, que los sajones trajeron del otro lado del mar. Sólo se ha encontrado un ejemplar de él en el sepulcro de un jefe, en Derbyshire (5. 11). Este casco se compone de varias tiras de hierro cruzadas, formando un casquete cuyas puntas inferiores iban soldadas á un aro y en cuyo cruce superior hay un puerco-espín de hierro. Este animalejo era el amuleto que servía para proteger y para espantar. En la época cristiana contentábanse con la indicación de las puas del puerco-espín en forma de peine. Es posible que con incrustaciones de metal representaran también los ojos, los colmillos y las orejas. La coraza de escamas de que habla el bardo celta es seguramente la armadura de planchitas de cuerno que trajeron al Occidente las tribus sármatas y góticas. En una miniatura antiquísima hallamos una cota de anillos sujetos á un sayo de cuero (4. 10): ésta es la *byrne*, que se menciona en el siglo VIII; más adelante hubo cotas de cuero con anillos colocados en hilera, unos encima de otros, y cotas de anillos metidos unos dentro de otros (4. 12. 15). Los escudos de los anglosajones eran muy abombados, redondos ó elípticos (4. 10. 12), luego fueron puntiagudos por abajo, como las cometas de papel de hoy en día, con un resalte de hierro y reforzados con un borde dorado, encarnado ó azul. El fondo estaba por lo general pintado de blanco. La espada anglosajona se parecía á la *spatha* (5. 30), pero era menos larga, y en la cruz solía tener un botón triangular

ó en forma de hoja de hiedra (2. 51. 3. 5). El *sax*, la célebre arma sajona, era un cuchillo largo de un solo filo (2. 59), que se ha encontrado, aunque raras veces, en sepulcros de aquel tiempo. En cambio se ha encontrado con frecuencia el *angon*, lanza de hoja arponada (4. 12. 14), con asta larga y delgada de hierro. También había otra lanza pesada y con hierro estrecho y largo, sin arpón.

El arma principal de los anglosajones era el hacha, de la que hicieron más uso que ningún otro pueblo (5. 21. 32). Sólo para cazar usaban arco y flechas. Conocían la silla de montar, los estribos y las espuelas (3. 3. 4. 8. 18. 5. 12. 36. 37), pero su empleo no estaba muy generalizado. Los gritos de guerra se daban por medio de un cuerno de toro ó con un tubo de hierro recto ó algo curvo, de la altura de un hombre, el cual había que apoyar en una horquilla para hacerlo sonar (4. 13. Fig. 1. 5. 6). Cuando desembarcaron los



anglosajones llevaban en su estandarte un caballo blanco y en Hastings un hombre armado. En el tapiz de Bayeux están los sajones representados por un dragón alado, al extremo de una lanza. Según parece, el dragón era de lana de colores, de modo que se movía con el viento. Los pueblos del Danubio y los longobardos usaban el dragón como símbolo contrario al águila romana. Entre las insignias de guerra contaban un plumero llamado *tuf* ó *cumbal*, de plumas largas, blancas y negras, clavado en la punta de una espada, como antiguo emblema de las walkyrias.

En cuanto á los utensilios de casa y de campo y á los medios de transporte (5. 23. 25. 33. 35. 38. 44 á 60. Fig. 1. 7 á 23), los dibujos los reproducen fielmente. Una

barca hallada cerca de Nydam, en Schleswig (1. 61), nos proporciona datos importantes sobre la construcción de naves anglosajonas. Pertenece al período medio entre los siglos II y IV, ó sea á la edad de hierro. La barca es de roble, mide veinticuatro metros de largo por tres y medio de ancho, el fondo es llano y la popa y la proa forman bellas y aguzadas curvas; tiene 19 costillas grandes, las cuales, por ser entonces raras las obras de hierro, iban sujetas con maromas á las tablas, sujetas á su vez y unidas con hierros. En la borda había atadas 14 hembrillas (1. 56) á cada lado, de las que colgaban anillas de cuerda que servían para colocar los remos (1. 59. 60). De este modo se podía remar lo mismo hacia delante que hacia atrás, sin tener que virar la barca. El timón también iba colgado de una anilla de cuerda á la derecha de la popa; no había ni mástil ni cubierta.

Los dinamarqueses, desde antes de invadir Inglaterra hasta que establecieron su dominación con Canuto el Grande, vestían como los escandinavos (3. 5. 8. 10). Su color favorito era el negro, aunque no estuviese muy generalizado, como sucedía entre los vikingos; y tanto es así, que se les llamaba los «daneses negros.» Las personas de alguna categoría aparecían en las festividades con trajes negros de seda. Como gentes muy dadas á la vida de mar, usaban las recias ropas del marino; sin embargo, con el tiempo llegaron á usar telas finas y escarlatas y púrpuras. Al invadir Inglaterra, además de sayos negros, los llevaban también encarnados y blancos; una vez establecidos y cuando abrazaron el cristianismo, abandonaron por completo el traje escandinavo y adoptaron el anglosajón (5. 4 á 7). Las pinturas

antiguas demuestran que sólo había variación en la manera de ponerse la capa, que lo mismo los hombres que las mujeres se sujetaban al pecho con cordones provistos de borlas (5. 4. 6). Cuando la conquista, los dinamarqueses usaban armadura completa de escamas que cubría desde la cabeza á los pies (5. 3); por lo bien que se ceñía al cuerpo y por lo flexible debía de ser de piel. En la cabeza llevaban casco redondo y alto, con celada. El escudo era de dos clases, redondo ó de media luna; éste completamente igual al escudo frigio de las amazonas, llamado *pella*. A juzgar por las pinturas, estos escudos eran encarnados; los jefes lo usaban blanco con adornos dorados, que servían de distintivo personal y que pueden considerarse como precursores de los blasones de la Edad media. Los dinamarqueses servíanse con preferencia, como arma de ataque, del hacha de doble filo; manejaban muy bien el arco y usaban además espada y sable.

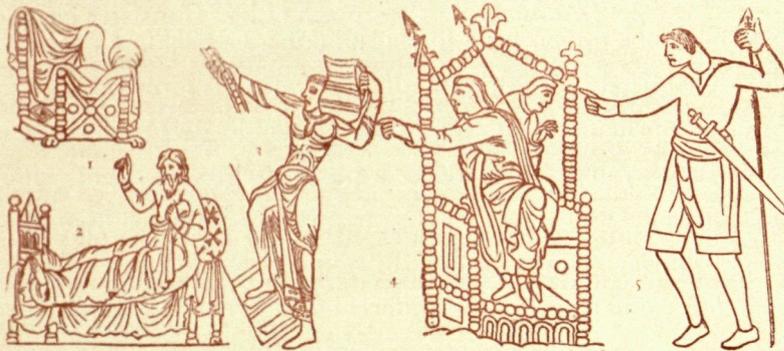
En el corto intervalo que media entre la conquista danesa y la normanda, durante el cual la corona de Inglaterra pasó á la línea sajona, hubo tan sólo dos variaciones en los trajes dignas de mención. Antes de ser vencidos por los normandos, habían los sajones adoptado sus modas. Se vestían con la túnica normanda, que era más corta que la sajona, se cortaban el pelo y se afeitaban la barba hasta el labio superior. Todavía se estilaba entonces el pintarse. La segunda variación se refiere á la armadura de cuero (*corium, corietum*), que, según parece, los sajones tomaron de los normandos. Consistía en menudas piezas, en forma de escamas, puestas unas encima de otras y pintadas de varios colores (6. 17. 18).

Lo que mejor nos da á conocer el traje de los normandos, que en 1066, al mando de Guillermo el Conquistador, pasaron á Inglaterra, es el tapiz de Bayeux, que mide 212 pies y, según se cuenta, fué tejido por Matilde, la mujer del conquistador, con lanas de colores. A juzgar por este tapiz los hombres llevaban túnica que, sin recogerla, llegaba á las rodillas, y entre gentes de rango hasta los pies (6. 3. 5. 7. 20. 24), y tenía cinturón y mangas largas, bastante ceñidas. Al hombro derecho se prendía la capa, que era rectangular, por un broche ó unos cordones; las calzas eran largas y de pie (los normandos las llamaban *chaussés*), y rodeaban las piernas de cintas que, entre las gentes de categoría, terminaban en borlas. Zapatos y más adelante botas cortas (6. 13) eran el calzado en uso. En la cabeza llevaban una gorra á modo de cofia y la capucha del sayo (6. 19). Las gentes que tenían que andar mucho á caballo llevaban calzones hasta la rodilla, abiertos por debajo, en los cuales metían la túnica (fig. 2. 5). Los normandos acostumbraban entonces, conforme al uso aquitano, á afeitarse toda la cara y la nuca (6. 13) como los merovingios, así es que parecían monjes. El traje femenino se diferenciaba un tanto del anglosajón. Se componía de una túnica larga y de otra prenda encima que correspondía á la *gunna* sajona, llamada *robe* por los normandos (6. 9. 11). Las mangas de la prenda inferior eran muy estrechas, por lo cual las cortaban por abajo y las hacían de modo que podían abrocharse ó cerrarse con cordones (6. 11), dejando ver á través de los mismos la camisa blanca. La túnica superior, la *robe*, ceñía el cuerpo hasta el cuello, y por abajo se ensanchaba mucho más que la *gunna* sajona; las mangas eran ajustadas hasta las muñecas, donde se abrían y caían muy abajo. Los ribetes de los trajes eran de oro y muy anchos. El pelo lo llevaban largo y suelto, y según el gusto de cada cual, hacían con él dos ó más trenzas. Se cubrían la cabeza con un paño llamado *couvre-chef*, que caía como una manteleta sobre los hombros; además se envolvían el cuello con una tela fina, pero tupida todo lo posible. En una pintura de aquella época se ve una mujer con guantes, de los que cuelgan grandes alas (6. 9).

También el traje de guerra normando sufrió varias innovaciones. En primer lugar adoptaron la capucha, *camail*, que cubría la cabeza y la nuca hasta el punto de no dejar visible más que una pequeña parte de la cara. Esta capucha formaba parte del camisote de mallas, que llegaba hasta debajo de la rodilla. Todo el traje era de cuero ó tela cubierto de anillos fuertes de hierro forjado, cosidos unos á otros (6. 8. 12), de cadenas colocadas perpendicular ú horizontalmente (6. 4), ó de planchas de metal de varias clases. Las mangas al principio llegaban sólo hasta los codos, más adelante se alargaron. Esta loriga tenía

abajo, por delante y por detrás, un corte que, en el tosco trabajo del tapiz de Bayeux, parece como que termina en calzones. También había calzones-sayos (6. 16) que se ponían con mucha facilidad y tenían en el pecho una abertura que se cerraba con una lazada (6. 12. 16). Todos los bordes tenían un ribete amarillo, azul ó encarnado, que no sabemos si era de metal ó de piel. El nombre normando de esta loriga es *hauberk* (en latín *halbercum*). Primero se llamó así la capucha sola, que con el tiempo se fué extendiendo por hombros y brazos hasta formar un verdadero sayo (compárese 6. 7). El *hauberk* normando (*haubert* francés) tenía á menudo un enrejado en cuyos cuadros había gruesas anillas ó cabezas de clavos (6. 10. 7. 3), que esto, en el descolorido tapiz de Bayeux, no puede distinguirse. El *haubert* no cubría ni los antebrazos ni la parte inferior de las piernas, por lo cual aquéllos se resguardaban con tela guatada y las piernas con calzas de fieltro ó piel, rodeadas de correas, ó con un enrejado como la loriga (6. 13. 16). El casco normando era de forma cónica ó de medio huevo, y á veces la mitad de hierro y la otra mitad de bronce (7. 9), con piezas para proteger la nariz y la nuca. El escudo, que tenía el corte de nuestras cometas de papel (6. 12. 7. 8), era imitación sin duda de los escudos sicilianos del tiempo de las conquistas. En

Fig. 2



el interior estaba almohadillado, y en la mitad superior tenía una asa de correas cruzadas ó en cuadro y fijas por medio de tornillos; de los dos de arriba estaba prendida una correa larga (*guige*) con la que se colgaba el escudo al cuello. Por la parte exterior estaba forrado de cuero y guarnecido de metal; era de un solo color, ó con dragones, serpientes, leones y á veces cruces, aros y adornos fantásticos,

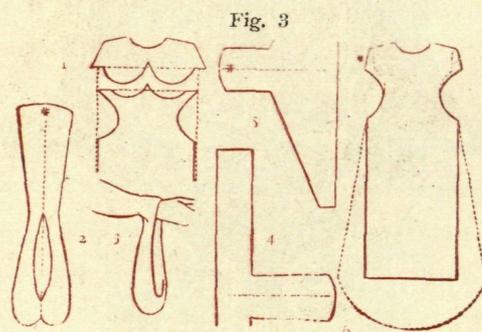
lo que los hacía verdaderos escudos de armas. En el tapiz tantas veces citado encontramos al duque de los normandos, Guillermo, y sus más distinguidos caballeros con lanzas provistas de banderolas (6. 12. 7. 1. 6. 11), llamadas *gonfalons*, ó empuñando bastones (7. 2); además hallamos arqueros á pie y á caballo. La espuela normanda era igual á la sajona (7. 10, compárese 5. 12). La silla de montar tenía los arzones muy altos (7. 3. 4) y en forma de volutas, que protegían los riñones y la parte baja del pecho del jinete. Sobre la construcción de barcos de los normandos véanse las láminas 5 y 7.

Los normandos y flamencos del séquito de Guillermo eran conocidos por su lujo en el vestir. Cambiaban mucho las modas, de manera que en el siglo XII el traje inglés ya se diferenciaba bastante del de otros tiempos. Los hombres del pueblo llevaban aún, según costumbre de sus padres, el sayo hasta las rodillas, zapatos ó botas bajas, gorra con visera inclinada hacia delante ó sombrero redondo con alas, y, cuando hacía mal tiempo, capote con capucha, que se llamaba capa. Entre la gente de cierta categoría el sayo se había alargado y ensanchado, sobre todo en las mangas (8. 1); también se ponían dos sayos, uno encima del otro (8. 2. 8). algunas veces el de debajo arrastraba y sus mangas cubrían las manos (8. 2). Forraban las capas con pieles. Con la túnica corta se llevaba una capa con capucha (*rhene*) que se había reducido tanto, que más que capa parecía una esclavina (8. 3). También se solía forrar de pieles esta prenda. A los zapatos, que eran puntiagudos, se les daba la forma de pico, de cola de escorpión, y hasta de cuerno de carnero; moda muy molesta, sobre todo para los sacerdotes. En lugar de afeitarse la nuca, costumbre siempre muy fea, se dejaban crecer el pelo y sacaban raya sobre la frente (8. 8). El que por naturaleza tenía poco pelo, lo reemplazaba con peluca; éstas, en Inglaterra, procedían del tiempo del rey Esteban. Con el pelo largo, con prendas amplias, zapatos de pico y además sus armas, los anglonormandos del siglo XII no se parecían en nada á sus antepasados de los tiempos en que éstos llegaron de Normandía. En los siglos XII y XIII las prendas volvieron á llevarse más cortas; el sayo interior llegaba á los

tobillos ó poco más abajo de las rodillas (6. 23. 25), y tenía mangas largas y ceñidas. Cuando eran muy estrechas se solían abrir desde el codo hasta la muñeca y se ponían botones para abrocharlas. El sobre todo era algo más corto, pero más ancho que el sayo de debajo (6. 23); tenía medias mangas anchas, ó mangas que terminaban en la sisa en un reborde, y capucha, que cuando hacía mal tiempo servía para cubrir la cabeza. La capa se usaba rara vez y como prenda de lujo ó de viaje; generalmente se reducía á una esclavina (*pænula*) que también tenía capucha (6. 25) y estaba abierta de los hombros hacia abajo, de modo que la pieza delantera se podía, si convenía así, echar sobre la espalda. En el siglo XII se llevaban, como antes, medias y zapatos; la gente rica prefería las sandalias (*sotulares*) con correas, de paño púrpura ó cuero dorado, que desde los dedos de los pies subían por las piernas, cruzándose con regularidad (6. 18). En la cabeza llevaban, además del antiguo gorro frigio, una gorra redonda con ala ancha levantada para arriba (6. 23. 25). También usaban guantes á menudo, unas veces cortos y otras hasta los codos y con ribetes bordados; los de los príncipes y prelados se adornaban además con piedras preciosas (6. 23. 25. 8. 4. 15. 26). El pelo se llevaba largo, rizado con tenacillas y sujeto con cintas ó aros, y la barba y bigote eran objeto de los cuidados más asiduos.

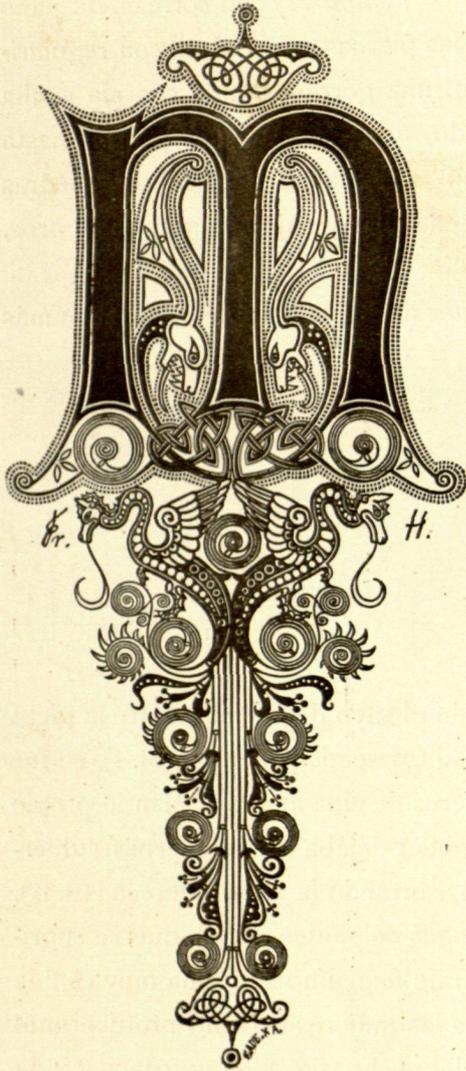
El traje de la mujer sufrió durante el siglo XII parecidas variaciones al de los hombres; en lo que más las hubo fué en las mangas de la prenda de encima. Ensancháronse considerablemente en su mitad inferior (6. 9. 11. Fig. 3. 2 á 5) y en la superior hasta el antebrazo, y á veces hasta la muñeca, eran ceñidas y abiertas en todo ó en parte. La parte ensanchada se cortaba de una pieza con el resto de la manga (fig. 3. 2. 3) ó se pegaba aparte; en este caso la pieza pegada se cosía por arriba y se volvía cubriendo la parte inferior del brazo (8. 11). Con el tiempo la manga alcanzó una anchura tan exagerada que había que atarla en lo alto (8. 16). El afán de alargar todas las prendas hizo que alargaran también el sayo de encima; entre la pieza de delante y de detrás se ponían otras grandes, y la parte trasera, antes semicircular (fig. 3. 6), se fué alargando de tal modo, que llegó hasta tocar el suelo (8. 16). Las mujeres de vida alegre hacían lo propio con la parte delantera del vestido (8. 19), levantado de manera que al andar dejaba ver las piernas, cubiertas con malla de seda. Como resultaba incómoda, con el tiempo se fué acortando la manga derecha (8. 19), y por este camino se llegó á reemplazar con puños las molestas mangas colgantes (8. 13), que se suprimieron á fines del siglo XII (8. 17). Sólo en la parte alta conservó el traje femenino su forma muy ceñida y el ir prendido con cordones por delante ó por detrás (8. 13. 19). Para las mujeres de seno protuberante se cortaba el corpiño en dos piezas unidas por el centro á lo ancho del pecho (fig. 3. 1), y frunciendo la de abajo de modo que la de arriba formase dos bolsas. A fines del siglo duodécimo volvió á usarse el sayo sencillo (8. 17) con mangas largas y ajustadas y ceñido con un cinturón flojo; del cinturón colgaba una bolsa, llamada *autmoniere*. Las estampas de la época indican que sobre el sayo largo había otro más corto, que en las crónicas se denomina *super-tunica* ó *sur-cote*; solía estar bordado y terminaba un poco más abajo de las rodillas con un borde de picos. La capa de las mujeres fué siempre de longitud moderada. Tampoco la antigua toca para la cabeza había pasado de moda. En el pelo se estilaba sacar raya por encima de la frente y hacer dos trenzas que se envolvían con cintas (8. 11. 19).

En cuanto al traje guerrero hay que observar que desde el tiempo de los normandos se desarrolló en Inglaterra casi en todo de acuerdo con el que se usaba en Alemania y en Francia.



II

Los alemanes



AS y más terreno gana de día en día la creencia de que los germanos, como los demás europeos, no proceden de los antiguos pueblos asiáticos, sino que son pueblos indígenas y desde tiempo inmemorial se hallan en el suelo que ocupan hoy día. Sólo la filología y la etnología pueden resolver definitivamente esta duda. Lo que parece seguro es que en época remota, cuando Cheops construía á orillas del Nilo las pirámides; cuando Codro, sacrificándose él mismo, detuvo en Atenas á los victoriosos heráclidas y Homero entonaba sus cánticos en las brillantes costas del archipiélago helénico, los germanos eran cazadores errantes que en los inhospitalarios bosques de su país perseguían y mataban al toro y al ciervo; pastores que, acompañados de sus perros, cuidaban vacas, ovejas y cabras, cuya leche bebían y cuya carne comían y que habitaban en grutas; guerreros que se pintaban de ocre, se colgaban colmillos de bestias feroces en el cuello á guisa de adorno, que envenenaban las puntas de sus flechas, que bebían en el cráneo de sus enemigos, que mataban á los ancianos é inútiles para el combate, que hacían que los adivinos curasen sus heridas, y á los cuales sus mujeres (que compraban ó robaban) les disponían sayos de pieles, cosidos por medio de espinas de pescado y con cuerdas de tripa. En aquel entonces

los germanos eran gentes en el mismo grado de civilización que las razas indígenas de América y de las islas de Australia. Sus armas, el arco y flechas, el hacha, la lanza, la maza y la honda, eran de palo, piedra ó hueso. Conocían el cobre y el hierro, pero como no sabían trabajar estos metales no los utilizaban. Poco á poco aquellos pueblos salvajes se transformaron en agricultores y operarios que plantaban el trigo y la cebada y tejían el lino, y que, á la par de los utensilios de piedra y hueso, se servían de algunos de hierro y bronce. Comerciantes extranjeros fueron los primeros que llevaron armas de metal á aquel país, así como joyas de oro, broches, agujas y anillos, con los cuales adornaban con bárbara alegría su fornido cuerpo. Además de la vestidura de pieles, el germano usaba ropas de lana y de lino ó de una mezcla de pelo animal y fibras vegetales. El traje de pieles consistía en una pieza colgada de los hombros y sujeta por una hebilla ó una púa, ó en dos piezas cortadas en cuadro (10. 1) con el pelo por fuera, que se colocaban delante y detrás del cuerpo, se unían cosiéndolas en los hombros y se ajustaban, si se quería, con un cinturón; estas piezas eran suficientemente anchas para cubrir al mismo tiempo los brazos. El adorno consistía en tiras sobrepuestas, de pieles también, teñidas de varios colores. Con el tiempo las piezas de

la vestidura se unieron no sólo cosiéndolas por los hombros, sino también por los costados, dejando aberturas para los brazos; de este modo resultó un sayo sin mangas. En la época de Tácito los hombres llevaban este sayo tan sumamente estrecho y ceñido al cuerpo, que hacía resaltar hasta el menor detalle de sus formas; en este caso llevaba una abertura en el pecho. El calzado lo hacían de un trozo de cuero que se recortaba en la orilla en forma de lengüetas (1. 13), las cuales ataban sobre el empeine, ó agujereaban el borde de la suela (10. 2), pasaban por los agujeros unas correas y con ellas la sujetaban al pie; si las correas eran lo bastante largas, rodeaban con ellas las piernas desnudas.

Las mujeres se vestían de un modo parecido; los brazos, los hombros y el pecho quedaban al descubierto; preferían las prendas de hilo á las de pieles ó de lana afelpada, y las adornaban con tiras de color de púrpura. Hasta que dominó la influencia romana no usaron vestidos completos con mangas, y desde esta época se observa vacilación y variaciones en el traje de los pueblos germanos, que vino al cabo á ser igual al que los romanos vestían. Como joyas llevaban, hombres y mujeres, numerosos brazaletes desde las muñecas á los hombros, formando hileras. Los aros de todas clases gustaban mucho, desde el anillo para el dedo hasta el collar para la garganta y la diadema para la frente. También usaban agujas, broches y hebillas; todas estas joyas eran de bronce. El traje de los sacerdotes germanos se componía de túnica muy larga, sin mangas, de hilo crudo, ceñida por un cinturón de cuero, y de una capa del mismo género sujeta al hombro por una hebilla. Dejaban los pies descalzos y rodeaban la cabeza con una guirnalda de follaje (compárese 3. 51). Los germanos tenían también sacerdotisas, ó, según el traje, *mujeres blancas*, cuyos consejos, que para ellos eran oráculos, seguían al pie de la letra, porque las mujeres no acostumbran á ver de las cosas más que la realidad. Las sacerdotisas eran las encargadas de hacer los sacrificios humanos. Todavía en la época de Bonifacio, tribus convertidas ya al cristianismo vendían esclavos á sus vecinos paganos para que los sacrificasen. Aquellas terribles mujeres iban vestidas completamente lo mismo que los sacerdotes.

Las imágenes más antiguas que nos describen la manera de vestir de las diversas tribus germanas datan de una época en que aquéllas no eran ya independientes. En los relieves de la columna Antonina vemos representados á los cuados y los marcomanos; en la de Teodosio á los godos; en las miniaturas de las *Leges Longobardorum* á los longobardos, así como también en los relieves de la catedral de Monza. Según estos datos, los marcomanos y cuados llevaban pantalones bastante anchos (10. 3), atados por debajo de las rodillas ó de los tobillos, sayos cerrados y zapatos. Según les acomodaba, se ponían varios sayos, unos encima de otros, de los cuales el de encima tenía las mangas más cortas que el de debajo, y los ceñían con un cinturón; además gastaban capa, que abrochaban en el hombro derecho. También los godos usaban pantalones largos y bastante anchos (10. 4), que se ataban casi siempre en las rodillas y raras veces en los tobillos. Adornaban á menudo los pantalones con festones de picos, como los usan hoy las señoras. Los sayos de los godos eran diversos, con mangas anchas y cortas, cerrados con sólo una abertura en el pecho ó abiertos del todo por delante, y con un cuello de picos. También los godos se ponían varios sayos, unos encima de otros, y los ceñían con cinturón; además gastaban capa y zapatos cerrados. Las mujeres godas aparecen representadas en un traje muy parecido al *chitón* griego, con vueltas y bullones en los muslos; es de suponer que no conocieron estas prendas hasta que invadieron el Asia Menor y Grecia. Los longobardos se vestían, en la época de su primera aparición á orillas del Danubio, con túnicas anchas, generalmente de hilo, como las que llevaban los anglosajones, adornadas con tiras anchas de colores diferentes; usaban zapatos abiertos de arriba abajo y los ataban con correas. Más adelante el traje longobardo se transformó en romano, y consistía en pantalones estrechos de color (10. 5), que, según antigua costumbre, rodeaban cintas de color también, formando artísticos enlaces; en túnica de color medio larga, con mangas largas y á veces de color diferente; en mantos y en botas bajas, atadas en el empeine. Los jinetes llevaban polainas de lana sobre los pantalones. Los sue-

vos, que habitaban junto á las tribus celtas á orillas del Rhin y del Danubio, adoptaron los pantalones (10. 6), y se supone que lo mismo sucedería con las demás prendas y con la costumbre de atarse la cabellera á la nuca. Las tribus germánicas cruzan como sombras la borrascosa época de la emigración de los pueblos; su traje, mientras estuvieron en estado salvaje, apenas se ve nunca; pero cuando el pueblo sale á la plena luz de la historia, lleva traje romano mezclado con pequeños restos de la vestimenta del país. El sencillo y serio traje de los antiguos germanos apareció, después de la emigración de los pueblos, muy brillante. Usaban telas tejidas con hilos de oro, llenas de dibujos, y en la orilla de las prendas tiras de oro del ancho de la mano. Entrelazaban los cabellos con cordones del mismo metal, y el cinturón, las correas y los zapatos eran dorados y adornados de perlas y de piedras de colores.

Respecto á armas, las defensivas eran pieles que colgaban de los hombros, adaptando á la cabeza la del animal con sus orejas y sus cuernos (compárese 1. 16). Las cimeras de los cascos de la Edad media parecen restos de esta antigua costumbre. Rara vez usaban casco y coraza; sólo en los países escandinavos, por su fácil comunicación con las gentes civilizadas del Mediodía, y antes de la invasión de los cimbrios en Italia, se desarrolló el arte de fundir y forjar los metales. Los jinetes cimbrios llevaban corazas y cascos, éstos con penachos de colores. Los simples soldados peleaban con la bezaca descubierta y el torso desnudo; como arma de defensa tenían el escudo, á veces más alto que un hombre, tejido de mimbres, forrado de piel y pintado con colores vivos, especialmente encarnado y blanco; más adelante los escudos se hacían de madera de tilo, con marco de hierro. Como armas ofensivas servíanse de mazas comunes de madera y de clavos con cabezas de hierro y pinchos. Estas fueron las que precedieron á las *estrellas* orientales. También tenían hachas en forma de escalpelo, hechas de pedernal, de cuerno ó de granito, y más adelante de hierro; se metían perpendicularmente en un mango de madera y se sujetaban con cuerdas, correas ó clavos. Al lado de la virola había una anilla (17. 38), por la que se pasaba una correa mediante la cual se retiraba el arma después de haberla lanzado. Se pretende, y está sujeto á discusión, que esta arma era la *framea*, el arma nacional de los germanos, de la que habla Tácito. Disponían, además, de otros instrumentos de pelea, sujetos á su correspondiente mango, en ángulo, como una hacha, ó en la mitad como una hacha doble. El arma que preferían era la espada de bronce ó la de hierro, más larga que aquélla.

Entre todas las tribus germánicas, la de los francos es la que más nos dan á conocer los insuficientes datos que sobre aquéllas existen. Sin embargo, de su traje primitivo tenemos escasas noticias, y aun éstas son contradictorias; parece que las tribus que formaron el pueblo franco conservaron sus particularidades referentes al traje durante largo espacio de tiempo. Sidonio Apolinar dice: «Sus ropas van muy ceñidas á sus robustos cuerpos, y las rodillas resultan visibles por la estrechez de lo que las cubre; alrededor del talle llevan cinturón.» En cambio, Agatías escribió más adelante: «Llevaban el cuerpo desnudo hasta la cintura; de ésta para abajo usan pantalones anchos de lino ó cuero.» Estos pantalones iban sin duda atados á los tobillos ó bajo las rodillas. Debieron de usar sayos talaes, sin mangas, que ceñían bastante el cuerpo; se cree que hayan llevado también prendas sueltas. Andando el tiempo los francos adoptaron la capa con capucha de los galo-romanos (véase: *Los Franceses*). El pelo lo dejaban colgar sobre la frente, pero lo afeitaban en la nuca. Del traje de las mujeres se dice tan sólo que usaron una especie de capa, llamada *maforte*, que cubría completamente el cuerpo; esta prenda, sin embargo, parece ser de origen galo-romano. Los reyes merovingios reunían en su persona el doble carácter de reyes del país y de delegados de la familia imperial. Según el cargo, así era también el ornato de la persona. Clodoveo adoptó la túnica purpúrea y el manto de los cónsules romanos; el manto era la *trabea* y la *toga palmata* bordada en oro (véase tomo I, fig. 52. 2. y lámina 65. 10). Los sucesores de Clodoveo, que se libraron de la dominación romana, adoptaron para sus mujeres el traje imperial de los bizantinos (tomo I, lámina 65. 4. 8. 18. 66. 4. 6). Los monarcas merovingios llevaban el pelo muy largo, y de una parte de él hacían trenzas que

caían por las sienas. Su cetro era una lanza. También los demás dignatarios de la corte de los francos se amoldaron pronto á las nuevas costumbres, títulos y ropas (tomo I, láminas 65. B y 66. 15). Las armas de los francos de aquella época son más conocidas que los trajes. Los jefes llevaban cascos y corazas; el soldado, cuya cabeza iba rapada por la nuca, trenzaba el resto de su rojizo pelo, colocaba las trenzas sobre la raya y las ataba con una correa; no resguardaba con otra cosa la cabeza. Sus armas defensivas se reducían, como en los germanos, á un escudo pequeño, redondo y abombado, hecho de madera y piel; las ofensivas eran una espada muy larga, delgada y puntiaguda, con doble filo; un puñal con hoja de un solo filo (21. 33), el *skramasax*, metido en un cinturón de cuero con adornos de bronce; el *angon*, lanza arponada con largo mango de hierro (21. 48) y la *francisca*, hacha de un solo corte. La francisca era su arma favorita (21. 54. 57); el arco y las flechas empleábanse sólo en la caza. Son numerosos los hallazgos de armas efectuados en los cementerios merovingios, entre ellos el de la espada y el *skramasax* de Childerico, padre de Clodoveo (21. 33. 34).

Con la subida al trono de los carlovingios, el traje franco sufrió notable variación; fué modificándose el lujo desmedido de antes y el antiguo ropaje, estrecho y corto, volvió á imperar por algún tiempo. Los hombres llevaban túnica doble; una de ellas era una camisa de lino — de la que los libros no dicen nada — que venía á estar en contacto directo con la piel; la otra túnica era de lana, y los ricos la usaban con ribetes de seda. Se llevaban también pantalones, que en las miniaturas de tiempos posteriores aparecen pintados de azul ó rojo subido, y medias y zapatos, cuyas largas correas se enrollaban á las piernas. La capa era cuadrada, gris ó azul, y llegaba casi hasta los pies; se llevaba colgada del hombro izquierdo y se prendía en el derecho. De lo destinado á cubrir la cabeza no se hace mención alguna. En invierno se abrigan con una especie de gabán largo de pieles, que en el idioma franco se llamaba *rock*. Usaban pelo corto y ya no se afeitaban la nuca; así lo llevaban también los príncipes desde la caída de los merovingios. Los francos de cierta categoría llevaban en la mano derecha un bastón con nudos iguales y puño de oro ó plata. Cambiaban de buen grado su amplia capa de Friedlandia por la pequeña á cuadros de los galos. En tiempo de los sucesores de Carlomagno, el traje masculino sufrió algunas variaciones; se componía, en primer lugar, de camisa, pantalones, ó más bien calzas muy ceñidas atadas á las rodillas y sujetas con cordones al cinturón; de túnica, que no ceñía tanto como la de los francos, sino que era bastante holgada y larga, tanto, que para dejar libre el juego de las rodillas era menester recogerla y plegarla en el cinturón. La capa era de corte rectangular y venía á ser el término medio entre la capa corta gala y la larga de Friedlandia. Las botas parecían medias y á veces se sujetaban como éstas atándolas debajo de la rodilla. Era ya general el uso de los guantes. En cuanto al traje de las mujeres durante el primer período carlovingio, nada se sabe; tan sólo las miniaturas de la época de Carlos el Calvo nos suministran datos. Según ellas, las damas de categoría llevaban en el siglo IX varias túnicas, unas encima de otras; la de abajo tenía mangas largas y estrechas, la que seguía cortas y anchas, y la tercera, si es que usaban tres, muy cortas ó ningunas (10. 11. 14). La prenda de encima llevaba en todas las orillas, tanto arriba como abajo y en el centro del pecho á todo lo largo, una tira ancha bordada de oro. El manto se ponía por la espalda sobre los hombros (10. 11) y se sujetaba con un gran broche en la garganta ó en el pecho (10. 15; compárese 19. 4). Las mujeres cuando iban á la iglesia se cubrían la cabeza con el manto (10. 14), costumbre que procedía de antigua prescripción, porque la mujer no había sido hecha á imagen de Dios y por ella vino el pecado al mundo. Puesto así el manto parece que formó, con el tiempo, parte del traje de las matronas (10. 20). El pelo iba casi siempre cubierto; éste, en las miniaturas donde se ve, lleva raya en el medio; había instrumentos para rizarlo. En el cuello se ponían cadenas y aros, en las muñecas brazaletes; los zapatos eran dorados y con pedrería.

También el ornato del soberano sufrió, durante el período de los carlovingios, alguna transformación. El mismo Carlomagno, cuando se presentaba como príncipe, vestía con sencillez el traje de los francos:

sayo corto y estrecho, los pantalones envueltos por correas, y la capa. Así le vemos representado en un antiguo mosaico de Roma que data de aquel tiempo (18. 7). Todas las citadas prendas eran de color de naranja, el adorno y el correaje verde oscuro. La mitra baja con que cubrían la cabeza, según una estampa del siglo xvi, fué reemplazada por una gorra redonda ajustada, con tres plumas pequeñas en la parte superior. El emperador no se ponía corona, y sólo en las ceremonias que lo exigían se colocaba una joya en forma de diadema. Llevaba el pelo corto, según antigua costumbre, bigote poblado y afeitado el resto de la cara. Sólo dos veces usó Carlomagno traje extranjero ó bizantino, estando en Roma, á ruego de los Papas. El piadoso Luis seguía en un todo las costumbres de su padre y vestía con sencillez, al uso de su pueblo; hasta en las festividades parece haberse apartado del lujo de los francos, no tanto en la forma de los vestidos como en su adorno, donde dominaba el oro y la pedrería. Pero Carlos el Calvo, hijo de Luis, se sometió á la pasión de su época y vistió la túnica talar bizantina, con cinturón, toca de seda y sobre ella la corona; así iba á la iglesia los domingos. Pinturas antiguas nos muestran al emperador con polainas estrechas y encarnadas, envueltas por cordones de oro cruzados (10. 17), con túnica azul adornada de oro que cae sobre las rodillas; larga capa roja y zapatos de cuero dorado; pelo corto y bigote. Las diversas coronas que lleva en la pintura referida consistían en aros con adornos en forma de hojas con pétalos altos (21. 68) ó de palmitas con ramas que se juntaban en lo alto (21. 67) y dos de ellas que caían por encima de las orejas. También se estilaban entonces coronas cuadrangulares (21. 69).

Extremadamente escasos son los datos que poseemos sobre las armas del período carlovingio. Sólo se conserva una espada y unas espuelas (21. 38) que se dice pertenecieron á Carlomagno. Las leyes de este monarca prescribían á los soldados piezas de hierro para brazos y piernas, así como casco y escudo. Conforme con esto es la descripción del monje de San Gall, que refiere haber visto al emperador con casco de hierro, cubiertos los brazos con planchas del mismo metal, los muslos con escamas, las espinillas con listones también de hierro, y su caballo todo encubertado de hierro igualmente. Parece ser que en esta época el hierro había sustituido casi por completo al bronce. En la Biblia ilustrada de Carlos el Calvo encontramos datos sobre trajes y armas. Vemos allí los guardias del rey vestidos casi á la romana, con las correas pendientes de la coraza como los pretorianos (20. 5); pero el casco se parece al morrión del siglo xvi y lleva cimera encarnada. En el «Gabinete de medallas» de París existe un ajedrez, atribuido á los carlovingios, donde hay un guerrero que lleva una especie de túnica con aberturas para los brazos, cubierta de planchitas de metal en forma de tejas (20. 2) y casco con celada. Un jinete del mismo ajedrez lleva una prenda parecida que cubre los muslos y tiene mangas cortas, pero en lugar del casco lleva una gorra ceñida á la frente (21. 2). Este jinete empuña escudo redondo, mientras que el del peón es de forma de corazón y muy grande. Con arreglo á estos pocos datos se ha probado de reconstituir el traje de un guerrero carlovingio con toda su armadura (10. 8).

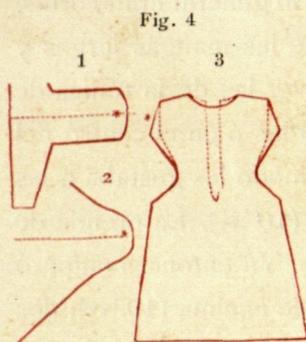
Iba á empezar la Edad media, y de acuerdo con aquella época, que al salir de la barbarie contenía infinidad de elementos contradictorios, en el traje, durante el período carlovingio, apareció mezclado el elemento bárbaro con el clásico, el pagano con el cristiano y el germano con el romano-bizantino. Poco á poco se fueron unificando, pero en sentido romano señaladamente. Roma era la que influía en todo por entonces. A fines del siglo x el traje de casi todos los pueblos de la Europa central y occidental era el mismo. Aunque el imperio de Carlomagno estaba ya dividido en dos, no por ello hubo moda alemana ni moda francesa. El traje romano de túnica y manto era traje general en Occidente. Los hombres vestían entonces camisa, pantalones, polainas, sayo y capa. La camisa era de hilo ó lino y se metía en los pantalones, muy anchos y ajustados á la cintura (11. 19); las personas acomodadas ponían sobre estos pantalones largas polainas de lana ó de hilo de varios colores, que llegaban hasta la mitad de los muslos y se sujetaban al cinturón por medio de correas (11. 14). La costumbre de envolver con correas las piernas

no era tan general como antes, pero se observaba aún á principios del siglo XI por el mismo emperador Enrique II (11. 3). Las polainas y los pantalones no se habían extendido aún entre la gente del pueblo, que durante algunos siglos llevó las piernas desnudas. La túnica llegaba hasta las rodillas ó poco menos, era bastante ancha, tenía mangas largas y estrechas, un agujero cuadrado para la cabeza y un ribete ancho en las bocamangas, y á veces en los bordes (10. 23. 24), de colores que destacaban mucho. Por ser demasiado largo y molesto, el sayo se recogía en el cinturón. La capa ó manto era aún de corte redondo ó rectangular, y se ponía como antiguamente por encima del hombro izquierdo y sujeto en el derecho (10. 23); era de lana y el de los ricos de algodón ó seda. Cuando hacía mal tiempo la gente del pueblo se contentaba con una especie de capa ordinaria, que se ponía al mismo tiempo sobre la cabeza; mas, por lo general, el rico y el pobre la llevaban descubierta. No por eso desconocían el sombrero; los sajones lo usaban hasta de paja, con alas anchas, principalmente para la guerra. Llevaban polainas que parecían medias (10. 24), y también zapatos cerrados y botas-medias, estas últimas adornadas á veces como el sayo (10. 18. 19. 23. 26). Por último, llevaban el pelo corto y la cara afeitada. El traje de las mujeres en el siglo X era casi el mismo que en el siglo IX; sin embargo, las mangas, que por lo general eran cortas, empezaron á ensancharse y alargarse (10. 22). A mediados del siglo X, á la vez que las mangas largas y anchas, se usaban las antiguas, que no pasaban de los codos (10. 21) y dejaban ver las de la túnica de abajo. El adorno consistía, como en el traje de los hombres, en ribetes en los bordes ó en el centro del cuerpo, y á veces en dos cuadraditos en las rodillas (compárese 19. 7). Del mismo modo les gustaba á las mujeres adornar la túnica de abajo por si se la ponían alguna vez sin otra encima (10. 25). La prenda de abajo la llevaban siempre con cinturón, la de arriba se ceñía por sí sola al cuerpo. Ya entonces empezó á prevalecer el afán de hacer resaltar las formas (10. 21) y el de acortar la túnica de encima (10. 22); dos cosas que, en el siglo XI, dominaban el traje femenino. La capa, redondeada y ribeteada (10. 23), iba, como antiguamente, sobre los hombros y sujeta con un broche al pecho. Servía al mismo tiempo para cubrir la cabeza (10. 20). También se estilaba, á principios del siglo, una pañoleta especial con que se solía cubrir la cabeza en lugar de la capa (10. 15. 22), moda que adoptaron las mujeres anglosajonas (4. 18. 22). Como calzado llevaban las mujeres zapatos muy puntiagudos, de piel generalmente negra, encarnada ó azul.

El traje de los reyes alemanes, en el siglo X, no se diferenciaba apenas del de sus vasallos, sólo que el adorno era más rico. Otón II hizo, sin embargo, una excepción con su mujer Teofana, griega de nacimiento; pues según un guarda-reliquias de marfil (12. 10) de aquel tiempo, los regios esposos usaban traje bizantino. Este se limitó á la corte (11. 12. 13) y no se extendió al pueblo alemán, al que le gustaba poco.

El siglo XI no fué muy fecundo en nuevas formas de vestir y prevalecieron las del siglo anterior. Se generalizaron los pantalones, las polainas y las túnicas dobles (11. 5. 14. 19), así para hombres como para mujeres. En estas túnicas dobles (11. 2. 4. 9) la de encima era más corta que la de abajo y ceñía la parte superior del cuerpo para hacer resaltar la estatura. También se inició algo que en lo sucesivo había de tener bastante importancia: un corte nuevo para las mangas de las túnicas de las mujeres, y modelos de trajes cuyas dos mitades eran de distinto color (10. 15). Las mangas de las túnicas de las mujeres fueron ensanchando poco á poco desde arriba (11. 2) ó en el centro del antebrazo y á veces en la misma muñeca (11. 4), si bien entonces de una vez (fig. 4. 1. 2). Para evitar las molestias producidas por su longitud se cortaba un poco la parte de abajo. Para facilitar la unión de la túnica al cuerpo, se la abría en el hombro un corte que llegaba hasta las caderas y se cerraba con cordones; además se daba á la parte delantera y á la trasera un corte que correspondiese al de la parte superior del cuerpo (fig. 4. 3). Esta era una moda nueva, desconocida antes, porque el traje romano no acusaba así las formas. Se puso entonces en boga un corpiño guatado (11. 23. 25), como el forro de una coraza, que se ceñía mucho al busto; se cortaba de

distintas maneras y se ataba con cordones por delante, por detrás ó por los costados. Las mujeres francesas, más bien que las alemanas, fueron las que adoptaron esta prenda; en las catedrales del Norte de Francia véanse estatuas con el citado corpiño, pero en las pinturas de la época no aparece nunca tan marcado. Es difícil resolver si era ésta una prenda especial ó solamente un forro guatado que preservaba al cuerpo de la presión de la ropa. Es posible que el corsé haya tenido su origen en este corpiño y que se hayan llevado ambas prendas. Poníanse alrededor de las caderas un cinturón largo que anudaban por delante, de modo que ambas puntas caían hasta el suelo. La túnica corta de encima había desterrado casi por completo la capa (11. 2. 4. 21), por lo menos rara vez se usaban ambas prendas al mismo tiempo. La capa no había variado de forma; á mediados de siglo iba colgada de los hombros sin más sujeción y solían ponerla forro de pieles. Para cubrir la cabeza tenían, además del velo, una gorra redonda más ó menos adornada (11. 9) y una cofia hecha de cintas (11. 2) ó un gorro parecido al frigio (11. 8). El prurito de lucir las formas vino muy bien á las mujeres de vida alegre, que llevaban la túnica de encima ceñida, muy corta y con cinturón, y la de abajo abierta desde la cintura (11. 8) para que se vieran las



piernas, que cubrían con mallas, moda que produjo grandes quejas por parte del clero. Dejábanse el cabello suelto (11. 8. 9) ó le sacaban raya en el medio y envolvían las dos partes cubriéndolas con cintas (11. 20), ó juntamente con éstas se hacían dos trenzas gruesas que caían por delante á lo largo de los brazos (11. 23. 25).

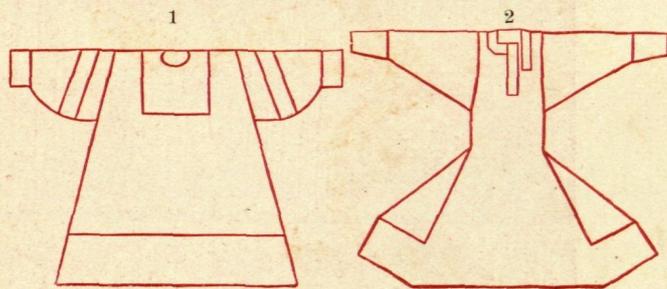
Cuanto más se borraba en el traje el recuerdo del estilo romano, más se iba pareciendo el mundo occidental á un gran manicomio. El origen del atavío chillón que más adelante, en la Edad media, convertía á un honrado ciudadano en un payaso de nuestros circos ecuestres, fué el *traje partido* del siglo XI, en que cada mitad era de un color. Ya en el siglo XII se empezó la división de colores «atravesada,» ó sea igualando el lado derecho de arriba con el izquierdo de abajo y viceversa. La vestidura regia era, según las estampas que se conservan, una mezcla de elementos del país y bizantinos. En una miniatura se ve al emperador Enrique II con dos túnicas medio largas, una encima de otra, ceñidas por cinturón-faja bizantino (11. 5), con polainas, cintas en los muslos y capa corta. En otras estampas vemos al mismo soberano con dos túnicas que llegan hasta el suelo (11. 3. 12. 12), y la capa, según costumbre antigua, sujeta en el hombro derecho por un broche. El gusto bizantino había dejado huella en la corte, ya que no en el pueblo, según lo demuestra el traje del rey Rodolfo de Suabia (11. 7), cuyo retrato existe en una lápida de bronce de la catedral de Merseburgo, que data del año 1080.

En realidad la hechura de la ropa masculina no sufrió en el siglo XII variación importante. Obreros y trabajadores conservaron el sayo corto, si bien la túnica de las gentes de categoría, aunque llevasen dos, una encima de otra, creció hasta los pies (11. 10); pero como así eran muy molestas, sobre todo para montar á caballo, se abrían por delante, de la cintura abajo, y se recogían á ambos lados ó del todo, metiendo los faldones en el cinturón (11. 10. 14). El adorno de esta prenda era una rica guarnición en el borde inferior, en el escote, en el centro de los brazos y en las muñecas; aunque el resto del sayo no llevase adorno, no faltaba nunca en las mangas. Otros de estos adornos eran lazos repartidos por el borde inferior de la túnica (11. 15). Las piernas siguieron cubriéndose como antes, y tampoco varió la capa, aunque la de forma rectangular ya no se llevaba mucho; además, se adornaba más de pieles por dentro que por fuera. En lugar de capa, que estorbaba para ir de caza, se llevaba un *pirsgewant*, prenda de varias formas, que por lo general era una especie de esclavina de pieles ó forrada de ellas (11. 17) y abierta por ambos lados. Como calzado se usaban zapatos cerrados ó borceguíes más ó menos puntiagudos que llegaban ó pasaban de los tobillos (11. 14 á 17). Sólo las personas de posición se cubrían la cabeza, con una gorra redonda poco puntiaguda, ceñida en la parte de arriba (11. 12. 13) y ribeteada á veces

con una tira estrecha (11. 14). Usaban asimismo sombrero con alas vueltas hacia arriba y rectas sólo en la parte de la frente (11. 17); este sombrero iba provisto de un cordoncito para sujetarlo a la barbilla. El pelo se llevaba generalmente corto, lo mismo que la barba, y ésta á veces afeitada del todo. El traje de las mujeres del siglo XII se apartaba, mucho más que el de los hombres, del estilo romano. La túnica de debajo seguía siendo la misma, pero la de encima, que usaban también las mujeres de la clase media, fué alargándose por detrás y llegó á veces hasta tener cola (11. 20. 28. Fig. 3. 6). Para conseguir el vuelo de abajo, con la escasa anchura de las caderas, había que poner entre la pieza de delante y la de atrás una gran almohadilla; los cuerpos, que eran muy ceñidos, tenían detrás ó debajo de los sobacos unas aberturas que se cerraban con cordones. Si el pecho de la mujer era muy desarrollado, se hacía la parte delantera de dos pedazos que se juntaban en el nacimiento del seno (fig. 3. 1), siendo el pedazo de arriba mayor á fin de que al coserle con el otro formaran ambos una especie de bolsas. Las mangas venían á ser como las del siglo oncenno (fig. 4. 1. 2), bien que más anchas. A fines del siglo XII la túnica de encima se transformó completamente; suprimiéronse las mangas (11. 28) y con este motivo se varió el corte; pero esta clase de prendas, que se llamaban *suckeni*, no se generalizó hasta el siglo siguiente. Las siervas no podían llevar trajes de cola, pero adornaban sus vestidos por el borde, en las bocamangas y por delante, desde el cinturón abajo, con tiras de colores (11. 26); al mismo tiempo prendían en el escote un paño que cubría el pecho. Sólo las mujeres ricas usaban capa, de forma casi redonda y forrada de pieles, que se echaba en los hombros sin más sujeción. El calzado era parecido al de los hombres. El pelo lo llevaban largo y colgando ó dividido en varias trenzas, envueltas de arriba abajo con cintas (11. 20). Era aún costumbre entonces llevar un pañuelo delgado como un velo sobre la cabeza (11. 21); más adelante se usaron coronas de flores naturales ó diademas (11. 28), que se llamaban *schapel*. Desde antes del siglo XII regía una ordenanza que obligaba á los judíos á usar traje especial. Como enemigos del cristianismo no debían vestirse con el traje cristiano, ó por lo menos tenía que diferenciarse en alguna prenda determinada. Una de éstas era el sombrero de forma cónica (11. 22. 27), blanco ó anaranjado, con ala estrecha y colgante, de distinto color que la copa, pero sin salir de los dos mencionados. En las pinturas de la época, sin embargo, se ven judíos con sombrero redondo (11. 24) y de forma de cuerno, y todos blancos, anaranjados ó rojos.

Los monjes que en sus celdas adornaban con miniaturas los códices, pintaban á los reyes con corona en la cabeza y cetro en la mano siempre, hasta en la cama. En aquella época, poco artística, estos atributos servían para distinguir á los reyes de los demás mortales. Sabemos, sin embargo, que el traje diario de los monarcas no se diferenciaba, ni en el corte ni en la tela, del de los nobles. Pero cuando en las grandes solemnidades se presentaban como soberanos, se les reconocía al punto sólo por el traje. En tiempo de los carolingios no existían aún prendas reales hereditarias. A partir de la elección del duque sajón Enrique I como rey de Alemania, se empieza á hablar de ellas, y en las épocas suntuosas de los Otones y de Enrique II se fué formando poco á poco el ornato regio para los soberanos alemanes. En los revueltos tiempos de los Hohenstaufen perdieron los habitantes de Parma una parte de las alhajas de la corona; según parece, el emperador Federico II reemplazó las piezas perdidas por otras nuevas del tesoro de su madre Constanza, heredera del trono de Sicilia, y de los tesoros de sus antecesores los reyes siciliano-normandos. Así se explica que la mayoría de las joyas de la corona, que aun existen, de los emperadores alemanes, hayan sido construídas por artistas sarracenos, en Sicilia, y en el siglo XII. Algunas de ellas las atribuye la tradición á Carlomagno y al califa Harún-al-Raschid. Hasta el siglo XIII no usaron

Fig. 5



los monarcas alemanes alhajas heredadas en la ceremonia de su coronación. Las prendas que se ponían y se conservan aún son: La *tunicella* (fig. 5. 2), de tejido fuerte, color violeta oscuro y cerrada alrededor (14. 9), con una abertura á un lado del cuello para pasar la cabeza con más comodidad y sujeta mediante un cordón; los ribetes son de oro, las bocamangas y el borde inferior de color rojo subido, con dibujo de oro y perlas. El *alba*, de tafetán blanco, parecida á un sobrepelliz (fig. 5. 1), se ponía por encima de la *tunicella* y se recogía por debajo del cinturón, dejando ver la orilla purpúrea de la prenda de debajo (14. 10). En las mangas (11. 12. 14. 15) y en el cuello lleva adorno de púrpura, por abajo de color violeta oscuro, en las bocamangas medio encarnado y medio violeta, y en todas partes bordado con oro y perlas; además en el escote hay dos cordones de oro. Según una inscripción bordada en el mismo traje, se hizo en Palermo en el año 1184. El cinturón es de seda azul. La estola

Fig. 6



(*stola*) (14. 10) es una cinta de más de cinco metros de largo, de seda amarilla, con ricas flores de oro y adornos repetidos de planchitas de plata dorada y de águilas imperiales de una cabeza, sobre seda negra. La estola tenía en cada punta tres borlas largas de distinto color; se doblaba por la mitad, se ponía la tira hacia atrás echando las puntas hacia delante, se cruzaba sobre el pecho y se prendía al cinturón. La estola que se conserva hoy día pertenece al siglo XIV. El cinturón era una tira de oro con figuras de animales y broche en forma de hojas de trébol, de plata sobredorada. De la *capa*, llamada también «pluvial» ó *pallium*, se conservan dos ejemplares: uno en el guarda-joyas de la catedral de Metz (fig. 6) y otro en el *Hofburg* (1) de Viena (fig. 7). Las dos capas son de forma semicircular, que es el corte de las capas imperiales bizantinas. La primera es de un tejido muy tupido de seda rojo claro, con águilas, leones, grifos y otros adornos, bordados en oro y seda de muchos colores. Según la tradición esta capa fué regalo del califa Harún-al-Raschid á Carlomagno; á juzgar por la tela y la labor podía proceder de las manufacturas sarracenas de Sicilia y pertenecer al siglo XII. Una inscripción bordada en oro parece atribuir origen sarraceno también á la segunda capa (fig. 7), que es de color rojo encendido, forrada de tafetán y bordada con oro y perlas. Una palmera con dátiles, de estilo marcadamente oriental, divide la capa á lo largo en dos mitades, en cada una de las cuales se ve un león sobre un camello, al que ha derribado y oprime con sus enormes garras. En la orilla recta está bordada con hojas de trébol y en la curva con letras

(1) El *Hofburg* es el palacio imperial de Viena. (N. del T.)

árabes; en el centro de la parte alta tiene un pequeño corte para el cuello; en cada punta de este corte hay medio broche (14. 3) de filigrana y amatistas, con ojetes, unos encima de otros, para sujetar los cuales se pasaba por ellos una púa. En San Pedro de Roma se encuentra una dalmática, obra bizantina (14. 11), abierta por ambos lados y por debajo de los brazos; es de raso azul fuerte, ancha por las mangas, y por delante algo más corta que por detrás; tiene bordados de oro y plata representando escenas de la sagrada comunión y cruces, círculos y ramajes de estilo indeterminado. Parece ser que los reyes alemanes vestían esta prenda en el acto de su coronación en Roma en lugar de la capa, cuando, como diáconos, cantaban el Evangelio en la misa de la ceremonia. Los guantes eran de seda color carmesí, tenían en la muñeca un borde ancho de perlas y esmalte y desde este borde salían, en igual forma, hacia los dedos, ligeros ramajes. Las medias eran también de seda carmesí, lisas en el pie y bordadas en el resto de rosas de oro; se fabricaban, según parece, en los talleres reales de Palermo. Pertenecían también á las galas de

Fig. 7



la coronación tres pares de zapatos, de dos de los cuales no quedan más que los grabados; el que subsiste es de seda fuerte, color rojo subido, con un ribete de oro en el empeine, el contrafuerte y debajo de los tobillos. El ribete está adornado en el empeine con piedras preciosas á su vez rodeadas de perlas, siendo también de perlas los bordados de la parte lisa del zapato, el cual, á derecha é izquierda del tobillo, tiene orejeras por las que pasan unas correas que sirven para atarle. Se supone que este calzado es también obra siciliana del siglo XII, así como los dos pares perdidos, que, no obstante, atribuye la tradición á la época de los carlovingios (14. 4). Entre los zapatos de la gente de calidad, representados en las miniaturas de Carlos el Calvo, hay también algunos que á derecha é izquierda, entre el empeine y el contrafuerte, tienen dos orejeras con ojetes por los que pasan unas correas; el empeine va también coronado por una orejera, por encima de la cual se ataban las correas. A esta clase de zapatos debe de haber pertenecido uno de los pares perdidos (21. 84); el otro par (21. 85) debe de haber sido de la misma clase que un zapato que se conserva en la iglesia de Chelles, cerca de París (21. 92), y que tiene junto á los tobillos, á derecha é izquierda, un ojete para el correaje; pertenece á la época carlovingia. Sin tratar de contradecir la opinión de los inteligentes y sólo para establecer más fácilmente la comparación, se ha puesto todo el calzado en cuestión en una misma lámina.

Las verdaderas insignias del poder imperial eran: corona, cetro y globo. La corona imperial alemana (14. 2) es un octógono formado por ocho escuditos movibles de oro unidos por charnelas é interiormente por un aro delgado de hierro; los escuditos están redondeados por arriba; los dos mayores corresponden uno á la frente y otro á la nuca; entre ambos hay una ballesta alta y abombada que pasa por unos ojetes

que á cada lado tienen otros dos como adorno y que ya no existen; el escudo de la frente lleva en lo alto una cruz. Cuatro campos más chicos están llenos de figuras de esmalte, y todos los escudos adornados con filigrana y multitud de perlas y piedras sin pulir. Sobre la ballesta hay una inscripción con el nombre *Chuonrad*, sin que pueda determinarse si es II, III ó IV. Se supone, sin embargo, que la corona es obra bizantina del siglo XI y la ballesta una agregación de la época de Conrado IV. La corona rodea una gorra redonda de terciopelo encarnado. Los cetros son dos, uno romano y otro del estilo gótico del siglo XIV. El primero (14. 1) es de plata con algunas partes doradas; el capitel está formado por una cápsula perforada como tamiz en forma de manzana; descansa sobre alto follaje y es de plata soldada. Además, en lo alto y en el centro, lleva unos aros y abajo otro con seis costillas. Este cetro, en un principio, debió de servir de hisopo. El globo es una bola hueca de oro (14. 7) sostenida por dos aros que se cruzan y en cuyo punto de intersección se eleva una cruz, también de oro. La cruz está cuajada de piedras preciosas; los aros sólo en la parte superior. El globo data del siglo XII. Pertenecían también á las prendas de la coronación espadas que aun se conservan. Una de ellas, regalo, según la tradición, de Harún-al-Raschid á Carlomagno, es un antiguo sable oriental, de curva moderada (14. 10), con el puño y el guardamano chapeados de oro. La vaina es de color verdoso, y la boquilla y contera chapeadas también de oro con piedras preciosas. Otra de las espadas, la conocida con el nombre de «espada de San Mauricio,» es recta, se usaba en las ceremonias del siglo XII (14. 6) y en el cortejo de la coronación la llevaban delante del emperador. El puño y la guarda forman una cruz; el pomo es algo aplastado y tiene á un lado, grabados, un águila, al otro un escudo dividido en dos campos, con media águila en el primero y tres leones rampantes en el segundo. La vaina es de chapa de oro, y en ambos lados, ligeramente repujado, vése el busto de un rey repetido en siete campos alargados y divididos por pedrería azul. Todos los bustos están cabeza abajo. La tercera espada (14. 8), designada con el nombre de «espada de Carlomagno,» data del siglo XII. El puño lleva en lo alto y verticalmente un botón á modo de disco, con un escudo triangular dividido en dos campos, uno de ellos con un águila y otro con un león de esmalte. La vaina es de chapa de oro y á cada lado tiene doce cuadrados orlados de perlas; en el superior vése también el águila; los demás adornos son de esmalte sencillo; la boquilla y la contera están divididas y adornadas de un modo parecido: aquélla ostenta además piedras preciosas. Se conserva un libro de Evangelios, sobre el cual el emperador prestaba el juramento en el acto de la coronación, que data del siglo VIII y fué hallado, á lo que se dice, en la tumba de Carlomagno; su encuadernación actual pertenece al siglo XV. Los dignatarios de la nación y de la corte no usaron traje especial, según se presume, hasta el siglo XIII; pero no cabe duda que desde tiempos remotos se diferenciaban por algún distintivo del resto de las gentes. Entre estos distintivos deben de contarse los bastones y las gorras; pero las estampas que dan fe de ello no alcanzan al siglo XII.

Desde el X puede seguirse paso á paso la transformación de las armas, sobre todo las defensivas, porque éstas varían siempre antes que las otras. El justillo cubierto de escamas que apenas llegaba á las caderas y que llevaban los caballeros del siglo VIII (20. 2) y la loriga corta, seguían en uso entre la gente noble menos acomodada (6. 7). De aquella loriga corta nació la gran loriga blanca, con mangas largas ó cortas y capucha (*camail*), que se fué prolongando hasta llegar más abajo de las rodillas (10. 19. 26). El sayo con capucha que servía de forro á la armadura se hacía de varias capas de cuero ó de tela fuerte. Llevábase también una túnica cubierta de escamas (10. 19. 26. 12. 4. 8.) llamada *jaseran*, ó de discos de metal (*cotte à rondaches*, 20. 9. 10) ó de anillas de hierro forjado. Los discos se colocaban al principio juntos en fila (20. 12. 21. 11) y más adelante montados unos sobre otros, de manera que cada disco cubría la mitad del siguiente. Las anillas iban cosidas. La loriga de anillas se fué con el tiempo transformando por abajo en calzones cortos y anchos (12. 5. 6), y las mangas se fueron alargando hasta convertirse en guantes de una sola pieza (12. 2. 6), que no tenían anillas más que en la parte superior.

La veste se reforzaba también, por medio de un enrejado de correa, con cabezas de clavos ó anillas (21. 10). Esta clase de lorigas enrejadas sólo las usaban los franceses y los normandos (20. 8), los cuales solían convertir por abajo las mallas en calzones cortos y abiertos (20. 12). Para poderse poner esta prenda se hacía una abertura grande en el pecho, que se cerraba con un peto cuadrado. La loriga no cubría ni los antebrazos ni los muslos; á aquéllos los protegían las mangas de un colete guatado, y á éstos calzas de malla. Completaban la loriga de anillas, polainas, de anillas también, que se ataban á las rodillas ó por detrás de la pierna (12. 2. 5. 6). Al sayo correspondían polainas completas de escamas todo alrededor (12. 4). A veces cubrían de malla sólo una pierna, la que no protegía el escudo (12. 1). Había además armaduras, no forradas, y compuestas de anillas de hierro enganchadas unas dentro de otras y de cada una de las cuales colgaban otras cuatro (21. 13). En el siglo X se habían extendido ya estas cotas de malla y se ponían sobre jubones de cuero ó tela guatada que se llamaban *gambesón* (20. 11). La armadura del simple soldado se reducía á menudo al gambesón. Desde mediados del siglo XII aparecieron en Alemania otras lorigas con escamas, de cuero ó cuerno en lugar de metal (12. 7. 20. 13). La de cuerno vino del Asia, donde hacía siglos que las usaban los partos y los sármatas (tomo I, 62. 13). Cuando los dinamarqueses invadieron Inglaterra, llevaban ya lorigas de escamas de cuero (5. 3), que llamaban *corium*. Además se usaba en el siglo XII un sayo hasta las rodillas, con mangas bastante anchas, cubierto de chapitas romboidales formando rayas (20. 19. 21). No sólo protegían la cabeza con la capucha de la loriga, sino que encima se ponían casco. Este solía ser de hierro ó de bronce, ó la mitad del uno y la otra mitad del otro metal (6. 12. 20. 12). Su forma era cónica, más ó menos abombada (12. 3. 4) ó baja y redonda (12. 2); iba provisto de una celada fija que bajaba de la frente (*nasal*) y servía para proteger la nariz. Había otros cascos con celada también fija, carrilleras rectas y cogotera móvil. En la Somme se ha encontrado un casco de esta especie (21. 20). El casco redondo tenía en el siglo IX una altura desmesurada (5. 3), y lo mismo se usaba aún en el siglo XII (12. 20), siempre con carrilleras (20. 24). Había además otros cascos que se parecían más ó menos al gorro frigio (12. 6. 8. 21. 21. 23), y á fines del siglo XII, algunos de forma de puchero cubrían la cabeza hasta por debajo de la nariz (6. 22. 8. 9. 20. 22. 21. 17. 24) y tenían para los ojos unas pequeñas aberturas. Llevábase en aquel tiempo en la cabeza, primero, una gorra de tela guatada (20. 11. 20), encima la capucha de la cota de mallas sujeta á la gorra por correas; después un casquete de hierro para la frente (llamado en francés *cervelière*, 20. 19), y por último, el casco de forma de puchero. Cuando el guerrero iba de camino solía colgarlo del arzón de la silla del caballo. Usábase también una gran gorra con un borde saliente (20. 18). El escudo redondo y abombado, que se había estilado ya en la época de los carolingios (10. 8. 20. 3. 5. 7), seguía en boga en el siglo X (10. 23. 20. 8. 16), y puede verse en el tapiz de Bayeux, que pertenece al siglo XI. Con la tendencia á aumentar de tamaño el escudo, nacieron otras formas del mismo. Se le aguzó por abajo, dándole forma ovalada ó de corazón (10. 26. 21. 26. 27), y se agrandó hasta alcanzar casi la altura de un hombre (6. 12. 12. 5. 20. 12. 14. 17). Recorrieron también los escudos todas las curvas, desde el semicilíndrico hasta el completamente plano, muy parecido á las cometas de papel de hoy día (12. 2. 4 á 9). Interiormente tenían dos asas y una correa, que servía para colgarlos del hombro izquierdo, con la punta para abajo (21. 31. 32). Se acostumbraba pintarlos con figuras raras (21. 28), y de este modo se fué introduciendo la costumbre de los escudos de armas ó blasones.

Como principal arma ofensiva, los caballeros del Occidente usaban la espada. Ésta, desde la época de los merovingios hasta el duodécimo siglo, fué ancha, bastante larga, de doble filo y redondeada en la punta, de modo que no servía más que para herir de corte. La guarda de la empuñadura era recta y formaba cruz con el puño y la hoja. El pomo era generalmente redondo ó en forma de disco (14. 8) ó de hongo (14. 6), á veces dividido en dos ó tres partes. Al aumentarse el tamaño de la hoja se aumentó también el del pomo hasta alcanzar el grandor de una manzana, para servir de contrapeso al hierro

de la espada. Al principio se llevaba sencillamente metida en el cinturón, pero más adelante se colgó de tirantes que arrancaban del mismo (21. 36). En el siglo XII el cinturón se ponía, con frecuencia, de modo que una punta del mismo, partida en dos lengüetas, se metía por dos agujeros de la otra punta y se hacía luego un nudo (12. 2. 20. 24). Las puntas del tirante se dividían también en correas que servían para envolver ó rodear la vaina y se sujetaban con tiras estrechas de metal (21. 1. 8. 22). De un mismo cinturón solían colgarse varias espadas. Después de éstas, la lanza era el arma preferida de aquella época. El hierro de la misma seguía siendo de forma de puñal ó de hoja, y á veces bajaban del hierro dos ramas largas que se sujetaban al mango. Este tenía de ocho á diez pies de largo, era generalmente liso y pintado del color del escudo ó se le dejaba de su color natural. En estampas del siglo XI se ven á menudo lanzas con banderola (6. 12. 11. 4). Los alemanes apenas se servían de arco y flechas, prefiriendo la ballesta, que llegó á ser tan alta como un hombre. Empleaban todavía hondas, hachas y mazas, pero no como armas de caballero. A este número pertenecía, sin embargo, el trillo de guerra (21. 52), que no debe de haber aparecido hasta el siglo XI. Las espuelas más antiguas tenían sólo un aguijón cónico muy grueso, sujeto inmediatamente al estribo (comp. 3. 4). Ya en tiempo de los carlovingios, las espuelas tenían un cuello corto (comp. 3. 3. 5. 12), y de esta época data el ejemplar más antiguo que se conoce de espuelas de ruedas; se encontró en Milán, en la tumba de Bernardo, el desdichado sobrino de Luis el Bondadoso. Pero este género de acicates no se generalizó hasta fines del siglo XIII. En el XII, el cuello de las espuelas tomó una forma algo curva hacia arriba. A veces se las calzaban sin llevar estribos, aplicadas á los talones de las calzas (21. 78). Digamos ahora algo de las armaduras de los caballos de combate. Miniaturas y esculturas de los siglos VIII y IX nos presentan al caballo con silla y estribos (21. 61. 65), aquella colocada sobre una manta especial y con arzones muy bajos; pero en el siglo XI, entre franceses y normandos, se desarrollaron de tal modo que cubrían los riñones y el bajo vientre del jinete (7. 3). Esta clase de sillas de montar tardó en generalizarse entre los alemanes, quienes dieron á los arzones la forma de respaldos semicilíndricos (12. 26. 27), donde encajaba el cuerpo del jinete. El estribo, que ya se conocía en tiempos carlovingios (21. 61), se reducía al principio á una correa, luego se le añadió la barra, es decir, la parte en la que descansa el pie, y en el siglo X se le dió la forma triangular. Para preservar al caballo de tiros y golpes se le cubría, en el siglo XII, con una gualdrapa, que en el pescuezo, el pecho y el lomo era doble ó triple y á veces iba forrada de cuero. Esta gualdrapa ó *kuvertiure* era por delante más corta que por detrás, y á fines del siglo XII se transformó en verdadera armadura de piezas, á la que se agregaba una plancha para resguardar la cabeza (17. 3). Las piezas eran de cuero ó tela y tenían escamas (12. 28), discos y anillas como refuerzo. La cubierta de encima era ancha, algo corta y se componía de una pieza delantera y otra trasera que se ataban á la silla; la pieza delantera tenía en el pecho una abertura.

Las máquinas de sitio, llamadas por los alemanes *antwerk*, eran imitación de las de los romanos; la Edad media, en este punto, á juzgar por las pinturas de entonces, varió muy poco de lo anterior. Dichas máquinas se dividían en tres clases: de percusión, que servían para derribar muros, de tirar y arrojar proyectiles, y torres. Para lo primero se empleaban arietes y trozos de cuerda. Un escrito ilustrado de fines del siglo X nos muestra el ariete sobre dos ruedas (16. 39) empujado por varios hombres protegidos por arqueros (16. 38). Los muros que había que derribar por medio de arietes se quebrantaban primero con picos, azadones y barrenos, que se manejaban á cubierto de los sitiados. Como arma de tiro usaban generalmente la ballesta. De esta arma, desconocida de los romanos, se habla por primera vez en escritos ingleses del siglo XI (6. 6), mientras que en el citado tapiz de Bayeux, que es de la misma época, no se ven más que arqueros. La ballesta tenía ya entonces un estribo en la parte delantera, donde se apoyaba el pie cuando se armaba, y una llave llamada *egopodiön* para soltar la cuerda (16. 38). La ballesta de sitio era de la misma construcción que la de mano, pero de mucho mayor tamaño y á veces con dos

ruedas. Primero servían de proyectiles los venablos; más adelante bolas de piedra. En Alemania había máquinas de guerra conocidas con diversos nombres y de cuya forma no nos procuran ningún dato las estampas anteriores al siglo XII. Los sitiadores usaban además mástiles con dos cestas para introducir los combatientes en la plaza sitiada. Esto se hizo también por medio de torres hechas de fuertes maderos, que se movían sobre ruedas y que estaban provistas de rastrillo.

Cuando el imperio romano de Occidente cayó bajo el poder de los germanos, encontraron éstos en el pueblo vencido todos los objetos del lujo, que en tiempo de los últimos emperadores llegaron á ser de necesidad. Como todos los pueblos que fenecen en los límites de la civilización y de la barbarie, aquellas gentes no apreciaban las cosas más que por su valor material y no pensaban que en aquellos objetos se había acumulado el trabajo de millares de años y de incalculable cantidad de desvelos y de luchas. Al destruir los bárbaros las artes y el comercio, manantiales de la riqueza pública, se vieron obligados á servirse de los restos; el mueblaje de sus palacios tenía que ser igual que ellos, es decir, un montón desordenado, producto del pillaje y de las ruinas. La industria romana del Occidente quedó destruída hasta tal punto, que los merovingios y carlovingios tuvieron que adquirir en Oriente todos los artículos de lujo de que querían verse rodeados. Aquella parte de la industria romana que sobrevivió á la decadencia del Occidente tuvo que variar, por la importación de inmensa cantidad de objetos que se fabricaban en las ciudades bizantinas, tales como telas para vestidos, armas y productos naturales. En tiempo de Carlomagno brotaron los primeros gérmenes de las artes que resucitaron en Europa. El arte bizantino, cuyos modelos se imitaban, era entonces un arte portentoso, mucho más potente y vivo que lo había sido el romano en tiempo de los últimos emperadores. Aun cuando el arte carlovingio era producto de importación extraña, tenía cierta originalidad llena de savia y vigor, en completa concordancia con las costumbres de aquella época. Con el tiempo floreció Venecia, que á partir del siglo XI influyó en la industria de Occidente no tan sólo por su comercio con Levante, sino por sus propios productos. Las tradiciones de la antigüedad romana, las artes orientales y algunas industrias bárbaras se juntaron en Venecia, y en aquel gran centro se fueron formando modelos para mueblajes occidentales, para utensilios, armas y ropas. El manuscrito de la abadesa Herrad de Landesberg, que data del siglo XII, nos suministra dibujos de muebles y telas, donde se ve con toda claridad la influencia de aquel arte nacido entre Oriente y Occidente. Reducíase, sin embargo, á los utensilios de lujo, porque los objetos de uso ordinario, en palacios y castillos muy separados unos de otros y situados en parajes faltos de cultura, los hacían los siervos y vasallos á su antojo ú obreros asalariados de escasa instrucción.

La Iglesia es la que con preferencia ocupaba á los artistas, y por eso casi todos los vestigios que existen de objetos de aquella época demuestran haber pertenecido al culto. Esto se nota hasta en los cuernos de caza hechos de colmillos de elefante (13. 1), que sin duda se usaron antes de la invención de las campanas para llamar á los religiosos á la oración. De la época de Otón III data una preciosa pila de agua bendita (13. 2) que, en recuerdo del salmo 23: *Príncipes, abrid vuestras puertas*, está adornada con figuras guerreras y sacerdotales, y cuyo recipiente rodean tres aros de plata sobredorada con pedrería. Los cofres y armarios en forma de ataúdes que en nuestros templos sirven de relicarios, son de origen bizantino (16. 7). Tales baúles tienen varias dimensiones y formas; están generalmente cubiertos por tapas de caballete ó planas, los sostiene á veces un pedestal, y son de madera, de bronce (22. 12), de madera con chapa de bronce cuando es poco su volumen, y también de marfil (22. 23. 24). Se conservan sarcófagos destinados á recoger los despojos humanos. En la catedral de Aquisgrán existe el que encierra los restos mortales de Carlomagno, y pertenece á la segunda mitad del siglo XII (13. 3); está chapado de plata sobredorada con esmaltes, tiene á entrambos lados ocho discos con figuras de los reyes y emperadores alemanes; la cubierta es de caballete, sus planos están decorados con escenas de la vida de Carlomagno, y las cabeceras con la figura sentada de la Madre de Dios, por un lado, y por el otro, con

la de Carlomagno entre el papa León III y el obispo Turpín. Parecida á este sarcófago existe en la misma catedral una lámpara dorada (15. 1) de Federico Barbarroja, que es una alegoría de la Jerusalén celeste con sus torres, murallas y almenas, y se compone de un aro cuyo interior estaba lleno de adornos que han desaparecido; muestra diez y seis torres pequeñas, en las cuales se hallaban de tres en tres las figuras, también perdidas. Entre las torrecillas, el aro está dividido en segmentos de círculo y tiene en el borde superior remates puntiagudos; varias cadenas enlazan ocho torrecillas con cuatro cristales, y otras cuatro cadenas unen estos cristales con una bola que, por medio de una anilla, cuelga de otra cadena. La lámpara es de bronce dorado, y los adornos que faltan eran de plata. Existe una lámpara semejante en la catedral de Hildesheim (15. 6) y otra en la iglesia abacial de Komburgo (Suabia). Se conservan también candelabros y candeleros de los siglos XI y XII (15. 5. 7 á 11. 16. 2 á 4. 8). Estos últimos, muy usados entonces, se componían de mango con capitel en el centro; de una base de tres pies y de arandela con pincho para fijar la vela; sus adornos eran ramajes enlazados con figuras de dragones fantásticos ó esmaltes sobre fondo liso (9. 21. 22). Hay otros candeleros, diferentes de los anteriores, formados por dragones cincelados ó por otra clase de animales decorativos (15. 5. 8. 11. 16. 3. 4. 8). Los asuntos de estas piezas están casi todos tomados de la mitología alemana; así encontramos al dragón transformado en lobo, en cuya abierta boca coloca Asetir su mano (15. 11. 16. 4). Los objetos esculpidos de esta índole rebosan vida y fuerza, pero acusan cierta rudeza, no domada aún por el gusto. La orfebrería estaba entonces al servicio de la Iglesia; requería los múltiples conocimientos del esmaltador, del fundidor, del cincelador, del joyero y del lapidario. Un platero tenía que ser pintor para los trabajos de esmalte, cincelador para los adornos y arquitecto para la traza de su obra. La orfebrería de la Edad media absorbía casi todas las artes. Con sus figuras de alto ó bajo relieve, sus ricos follajes, sus filigranas, tan finas como redes, sus esmaltes en color y en negro, sus enlaces de cintas, sus damasquinados é incrustaciones de piedras preciosas, exornaba altares movibles ó fijos, cálices (16. 5. 20. 22. 15), tapas (22. 20, plato de calentador), jarros (16. 17. 18), incensarios (16. 1. 22. 14. 19), copones (9. 11. 12. 20. 25. 22. 11), tabernáculos (22. 16. 21), aceiteras (16. 6. 19), lámparas, candelabros y arañas (15. 1 á 10. 16. 2 á 4. 9), broches de mantos capitulares (14. 3. 5), abrazaderas de libros (22. 7), anillos pastorales y báculos (9. 14. 15. 19. 16. 9. 14. 22. 8. 17. 18). Su poderosa mano ennoblecía fuera de la Iglesia numerosos objetos de la vida civil y guerrera, como anillos de boda, limosneros, guarda-joyas, armarios, broches, relicarios de todas formas y para todos usos, vasijas, copas y cuernos. La orfebrería hallábase también representada en las armas defensivas y ofensivas: cascos, corazas, escudos, espadas, puñales y espuelas. Pero este arte era á su vez tributario de la arquitectura, en la que todas las artes aprendían, y por esto se explican sus repetidas imitaciones de los motivos arquitectónicos en boga por entonces. La orfebrería religiosa, sobre todo, debió muchas veces sus inspiraciones al decorado de los edificios, y los cálices, copones, custodias, tabernáculos (22. 21), cruces y hasta incensarios (16. 1) recuerdan en muchos casos las construcciones de la época.

De los muebles y demás utensilios caseros durante aquel oscuro período de la Edad media, se han conservado pocos ejemplares y nos vemos reducidos á buscar datos en los sellos y los códices. Se conserva un trono de la época merovingia (23. 1) dispuesto, cuando se construyó, para poderse doblar y hecho según el modelo de la silla curul romana, y que, por habersele añadido un respaldo en el siglo XII, se ha transformado en asiento fijo. En los sellos de los reyes franceses los tronos se parecen á la silla romana que se pliega (compárese 23. 6), mientras que en los sellos alemanes y en los códices (12. 17. 19. 23. 24. 25) aparece la forma bizantina de asientos cuadrados con y sin respaldo. Así estaban construídos aún los de uso diario en el siglo XII (16. 30. 31); sin embargo los había también de cuatro pies (16. 32), y sillas con respaldo y pies se encuentran en todos los códices desde la época de los carlovingios (16. 23. 23. 2. 3. 5. 13. 17). Se acostumbraba poner almohadones y tapices sobre los asientos de toda especie, y agregar banquetas (23. 11. 15). Las mesas eran rectangulares, semicirculares, ovaladas ó enteramente redondas (16. 21. 22) y

se cubrían por completo con un paño ó se colgaba éste alrededor del borde de la mesa. El tablero de los bufetes (16. 40. 23. 11. 12) iba sujeto á un soporte con pie; además había pupitres (23. 9. 10), que para escribir se colocaban sobre las rodillas. Las camas se componían de un armazón de travesaños, de cajones cuadrados con pies ó de catres (16. 27. 28. 23. 20). Por lo general la cabeza era más alta que los pies, y ambos lados se componían á menudo de varillas de metal con tirantes colocados en ellas (16. 25. 26); á veces toda la cama se armaba de varillas y tirantes (23. 19). Como lo indican las pinturas de la época, había casi siempre sobre la cama una lámpara colgante (16. 25. 23. 20), muy necesaria en unos tiempos en que se creía en fantasmas; la cama estaba rodeada de colgaduras. En los dibujos de entonces están señalados, aunque á la ligera, candeleros (16. 35. 36), baúles y cajas; á veces también un reclinatorio (16. 29) ó una cuna (23. 21); éstas, á fines del siglo XII, se parecían á las de hoy (23. 23). No se han conservado vasijas de barro de aquella época; las antiguas de los sepulcros, como no están vidriadas, no pueden haber servido nunca para uso casero; las vasijas de madera halladas en las tumbas son de formas que se usan actualmente; lo mismo se puede decir de las representadas en las pinturas de la época (16. 16 á 18); á juzgar por ellas, las cazuelas eran de metal (16. 22) y tenían casi siempre pie; no se usaban platos especiales y el uso de tenedores se consideraba aún en el siglo XII como un pecado. Se comía, pues, con la mano, pero había tenedores destinados á presentar los manjares (16. 13) y cuchillos que no servían más que para trinchar (16. 10 á 12). Para las salsas se empleaban cucharas pequeñas (compárese 9. 23).

En la época de los francos los instrumentos de música se reducían á los que sobrevivieron á la decadencia romana; había, por lo tanto, trompetas, salterios triangulares con 24 cuerdas (23. 29) y cuadrados con 10; el *chorus*, que debió de ser parecido á una cornamusa con dos flautas; juegos de campanillas, compuestos de una barra de metal con otra cruzada horizontalmente, y 24 campanillas colgadas de ella y 12 martillitos (23. 28). En el siglo V, á lo que parece, existía ya el órgano. Todos estos instrumentos estaban aún en uso en el siglo XII; los que vinieron después no eran por lo común más que modificaciones de los antiguos. Los más importantes fueron, sin duda, el órgano y las campanas. En el siglo VI ya se hace mención de éstas; eran todavía de escasas dimensiones; las había de bronce ó de una liga de bronce y plata, y de planchas fuertes de hierro soldadas con clavos de cobre. Más adelante las destinadas á las iglesias se fundían sólo en bronce; eran mayores, para que el sonido fuese mayor, y se les daba más fuerza en el borde y en el badajo. También los órganos aumentaron de tamaño y las flautas se construyeron de zinc. En un manuscrito inglés ilustrado del siglo XII está descrito y representado un órgano (7. 28) que tiene 10 flautas, cuatro fuelles y varios registros en forma de toneles. Los instrumentos de cuerda recorrieron todas las formas de la lira, el arpa, el violín y la mandolina (23. 27. 29 á 31. 33 á 46). La mandolina, llamada al principio *psalterium* y más adelante *cithara*, se componía de una caja armónica de una ú otra forma (23. 44 á 46), con cuerdas tendidas horizontalmente, de número y tamaños diversos, y se tocaba á modo de guitarra apoyada en el pecho. Había violines que se tocaban con arco y otros por medio de manubrio (23. 35), á los que se llamaba *organestra*. Muchas veces los nombres de los instrumentos antiguos se aplicaban á los nuevos, aunque no se pareciesen en nada. Se estilaban aún flautas sencillas, dobles y atravesadas; flautas de Pan (23. 32) y trompetas, tambores de mano y de palillos, y discos ó tazas de metal que se golpeaban unas contra otras.

Los aperos de labranza mejoraron un tanto. Al arado, que al principio era simplemente de reja corva, se le proveyó en el siglo XI de ruedas (5. 52), y se componía de varias piezas, como esteva, reja, orejeras y hierro para arar, y una especie de martillo que partía los terrones demasiado gruesos. Lo singular es que este arado, con todos estos accesorios, esté representado sin ruedas (23. 50). Los coches y los carros, según las pinturas de aquel tiempo, eran aún de construcción bastante tosca (16. 37). Constaban generalmente de un cajón cuadrado de tablas ó listones montado sobre dos ó cuatro ruedas; de una lanza, que partía del centro del eje, y de un madero puesto en cruz y fijo por medio de cuerdas á la lanza.

Para arrear el ganado se usaba una tralla de tres cuerdas (5. 38) ó un palo largo con un pincho en la punta (1).

Para transportar enfermos y viajeros había angarillas, dispuestas como camas y cubiertas con tapices; descansaban sobre dos palos, entre los que se colocaban los conductores (2) ó las caballerías.

A partir del siglo IV no se quemaban los cadáveres, sino se enterraban con ó sin ataúd. Los ataúdes eran cajas cuadrangulares, más estrechas de los pies (16. 33), con la tapa abombada ó de caballete. También se ven en las pinturas de entonces ataúdes en forma de artesa (16. 34), último vástago de los antiquísimos *árboles muertos* (tomo I, 61. 39. 40).

(1) Como usan aquí en España los boyeros. (*N. del T.*)

(2) Iguales á las camillas de las casas de socorro. (*N. del T.*)